

BOLSILLOS DE GUERRA

PUNTO

ROJO

¿que fue de mis muñecas ?

ray lester



COLECCION

PUNTO ROJO



RAY LESTER

¿QUE FUE DE MIS MUÑECAS?

Colección **PUNTO ROJO** n.º 716
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 45.270 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1976

© Ray Lester, 1976

texto

© Salvador Fabá, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección KANSAS:

777. — Los cadáveres no disparan

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.034. — Valle Irlanda

En Colección COLORADO:

878. — Hembras maliciosas

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

163. — Gata implacable

En Colección SALVAJE TEXAS:

907. — Los diablos de Coyame

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

194. — Las chicas de Memphis

En Colección PUNTO ROJO:

699. — Perro de presas

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.320. — Jungla de millonarios

CAPÍTULO PRIMERO

El caserón situado en una suave ladera de las Blue Mountains, a unos treinta kilómetros de la ciudad de Reading, en Pennsylvania, daba la impresión, desde el exterior, de ser una vieja granja de los tiempos lejanos de la colonización.

Sin embargo, no se observaba ningún animal doméstico en los verdes alrededores del sólido edificio. Y cualquier visitante se hubiese sorprendido extraordinariamente de poder echarle un vistazo al interior. Era lo menos parecido a una granja.

Constaba de dos pisos. La planta superior estaba destinada a modernos y cómodos dormitorios dobles, con cuarto de baño incorporado a cada uno de ellos. En el piso bajo se ubicaban un amplio salón con abundantes butacones y dos confortables divanes, el comedor de reducidas dimensiones y la cocina.

Además, en el piso inferior, se destinaba una gran superficie a un completo gimnasio con todos los adelantos modernos, y una pequeña sala de conferencias con dieciséis pupitres y un estrado situado ante ellos. Detrás de la mesa que ocupaba el estrado, una enorme pizarra contribuía a conferir una total semejanza a cualquier clase colegial.

Allí se encontraban las nueve muchachas, como si estuvieran esperando la llegada del profesor.

Entre sí, todas poseían varios comunes denominadores; las nueve se hallaban entre los veintiuno y veintitrés años de edad, eran atractivas y pertenecían al Cuerpo Femenino de Policía de varios estados de Norteamérica.

Llevaban casi media hora reunidas en la sala y charlaban animadamente entre ellas.

Loretta Harding, una pelirroja procedente de Michigan, esbelta y de senos breves, pero turgentes, inquirió dirigiéndose a las restantes desde el estrado:

—¿Alguna de vosotras sabe por qué nos han traído aquí?

Ninguna de sus compañeras respondió. Finalmente, Sonia Farrell, californiana, de grandes ojos oscuros y pequeña naricita respingona en su redondo semblante, levantó los hombros.

—Supongo que todas sabemos lo mismo que tú, Loretta. Nos presentamos voluntarias para una peligrosa misión y nos condujeron aquí. En cualquier momento vendrá alguien y nos dará una explicación.

A su lado, comentó Rita Lawce:

—¿Eso crees?

—Es lo lógico, ¿no?

—Bueno..., en la policía no siempre impera la lógica, Sonia.

Rita Lawce procedía también de California y a sus veintitrés años era una mujer de espléndida belleza. Poseía mayor estatura que las otras ocho y su cuerpo estaba perfectamente desarrollado, con amplias curvas en los lugares exactos.

Separada por el pasillo entre los pupitres se dirigió a ella Wanda Larson:

—Pero algo tendrán que decirnos. No creo que nos hayan traído aquí para poner en funcionamiento la granja.

Claudia Rossi, de Nueva York, morena de ojos negros y sedosas pestañas, sacudió su corta melena sentada en uno de los últimos pupitres de la sala.

—Esto es lo menos parecido a una granja, queridas —dijo irónica—. ¿Habéis visto el gimnasio tan completo que tienen aquí? Cualquiera diría que quieren hacernos conservar la línea.

Todas las chicas llevaban el cabello cortado en airosa melena.

Rhea Lancaster lo tenía rubio como el trigo a punto de ciego. Veintiún años pletóricos de feminidad, con rostro de sonrisa encantadora. Al igual que la italonorteamericana Claudia Rossi, había venido procedente de Nueva York.

—A mí no me ha gustado en absoluto el tipo que nos recibió —dijo preocupada—. Parecía haberse tragado el palo.

—Y daba la impresión de ser frío como un témpano —aprobó Loretta Harding, que seguía acomodada en una de las sillas del estrado—. De conversador, nada de nada.

Sheila Carson, otra neoyorkina de veintidós años, ojos de mirar picaresco, semblante con algunas pecas que no la afeaban, y

cabellos rojos como el fuego, hizo un vago ademán con las manos.

—A lo mejor se destaca luego como un consumado orador.

—Puede ser —concedió Loretta—. Pero opino que no será así. Al individuo le cuesta un tremendo esfuerzo cada vez que tiene que despegar los labios.

—¿Y ése es Chris Cassidy? —quiso saber Sonia Farrell—. Porque lo que es a mí, sólo me dijo que esperase en esta sala, después de asignarme una habitación y dejar mi maleta en ella.

Terry Young, morena de veintitrés años y tan atractiva como sus compañeras, negó con la cabeza sentada junto a Rhea Lancaster.

—Ese hombre no es Chris Cassidy.

Todas las miradas se posaron en ella.

—¿Cómo puedes saberlo tú?

—Porque conozco personalmente a Chris Cassidy, Rita.

Rhea Lancaster se giró más hacia ella.

—¿De qué lo conoces tú, Terry?

—Sólo puedo decirles que pertenece a la Brigada Federal de Narcóticos. Lo conocí hace varias semanas en Boston, aunque es posible que él ni siquiera se acuerde de mí.

Claudia Rossi entornó las sedosas pestañas.

—¿Cómo es Cassidy, Terry?

—Bueno..., alto, de lacios cabellos cobrizos, ojos claros, rostro de rasgos duros, agresivos... Unos veintiocho años de edad. Yo lo describiría como una mezcla de Paul Newman y Steve McQueen.

La bajita Wanda Larson emitió un cómico rugido de entusiasmo.

—¡Guau...! Con un hombre así no me importa que la misión sea peligrosa.

Claudia Rossi siguió indagando:

—¿Es... casado?

—Soltero, y creo que sin compromiso, Claudia.

Carolyn Bolt, la novena muchacha, procedía de Los Ángeles y poseía un cuerpo verdaderamente escultural. Sus cabellos eran rubios y los ojos de un verde intenso. Comentó burlona:

—Pareces muy enterada respecto a Chris Cassidy, ¿eh, Terry?

En las pupilas de Terry Young hubo un leve destello de cólera que en seguida desapareció. Con la mirada brillante y entonación mordaz, replicó:

—Por si te interesa saberlo, te diré que Chris Cassidy tiene fama

de resultar inaccesible de manera formal para las componentes de nuestro sexo, Carolyn. Es el clásico pájaro que picotea en todas partes sin detenerse en ninguna.

Carolyn Bolt se encogió de hombros despectiva.

—A mí me tiene sin cuidado.

—Todos los detalles respecto a Cassidy los recordé de pronto —siguió explicando Terry—. Cuando me presenté voluntaria para la misión y después de unos días, me dijeron que tenía que venir aquí y ponerme en contacto con él.

Carolyn compuso una mueca.

—Ya.

—Escucha, Carolyn...

—Escuchadme las dos —intervino Loretta desde el estrado—. Es tonto que os pongáis a discutir por una nimiedad. Es lógico que cualquiera de nosotras se interese por un tipo como Chris Cassidy..., si es como lo ha descrito Terry.

—Terry no me parece una chica demasiado impresionable —comentó Claudia Rossi—. Me inclino a pensar que no ha exagerado respecto a Cassidy, y la verdad es que ardo en deseos de comprobarlo.

—¿Por qué no dejamos eso ahora? —intervino Sheila Carson—. Dijiste que Cassidy pertenece a la Represión de Narcóticos, ¿verdad, Terry?

Ésta movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí.

—Por lo tanto, no es descabellado pensar que nuestra misión está relacionada con las drogas.

En la sala se hizo un silencio después de las reflexivas palabras de Sheila Carson.

Lo rompió Rhea Lancaster:

—Lo que no entiendo es por qué no nos dijeron nada.

—Hay otra cosa que también llama la atención —intervino Sonia Farrell—. ¿Habéis observado que ninguna de nosotras pasa de los veintitrés años? ¿Y que hemos sido elegidas en distintos estados?

—Además —agregó Sheila Carson—. Estoy segura de que nuestros expedientes fueron revisados minuciosamente después de habernos ofrecido voluntarias. A mí, y supongo que también a vosotras, tardaron varios días en avisarme de que debía

presentarme aquí.

Hubo un nuevo paréntesis silencioso entre las presentes y esta vez se encargó de romperlo Loretta Harding:

—Bueno, ¿y qué? —dijo sin dar demasiada importancia al asunto—. Todas nosotras entramos en la policía para combatir a los delincuentes en la medida de nuestras posibilidades. Los contrabandistas de estupefacientes son criminales y de la peor especie, ¿no? Pues si necesitan nuestra colaboración para luchar contra ellos, hagámoslo.

Rita Lawce había atirantado las facciones del rostro repentinamente y, con voz helada, murmuró:

—Son los seres más indignos del mundo. No tienen derecho ni al aire que respiran.

Varias miradas se posaron en ella.

Sheila Carson preguntó:

—Los odias mucho, ¿verdad, Rita?

—Con todas mis fuerzas de que soy capaz —aseguró la otra bajando la cabeza—. Daría mi vida gustosa con tal de eliminarlos a todos de una vez para siempre.

De nuevo un pesado silencio se abatió sobre las nueve chicas.

Loretta Harding bajó lentamente del estrado y se encaminó a un pupitre desocupado.

—Espero que ese Cassidy no nos haga aguardar demasiado —comentó, tomando asiento—. Empiezo a cansarme de estar aquí.

—¿Y si subiéramos a nuestras habitaciones? —propuso Claudia Rossi—. Sería una forma de enseñar a ese Cassidy que no es educado hacer esperar tanto tiempo a una dama.

—Nosotras somos policías, Claudia, no damas —recordó Sheila Carson—. Y el hombre que nos trajo dijo que debíamos aguardar aquí. Tenemos que obedecer.

La morena descendiente de italianos puso los brazos en jarra y clavó los negros ojos en Sheila Carson.

—Oye, Sheila... Ignoro lo que puedas ser tú además de policía. En cuanto a mí; te garantizo que bajo el vestido que llevo puesto hay un cuerpo de mujer.

—Me refería a que debemos obedecer órdenes, Claudia —sonrió, desarmándola, Sheila Carson—. No lo tomes por el sitio equivocado.

En aquel instante se abrió la puerta de la sala.

La primera en aparecer fue una mujer cuarentona vistiendo camisa reglamentaria y falda pantalón. Se adivinaba una gran energía en ella, a pesar de sus formas y rasgos faciales resultaban agradables, evidentemente femeninos.

A continuación penetró en la estancia un hombre joven y alto, de anchos hombros, que respondía casi exactamente a la descripción hecha por Terry Young de Chris Cassidy.

En tercer lugar entró el hombre taciturno y frío que las recibiera al llegar.

Los tres ocuparon el estrado después de un breve saludo y Cassidy se situó en el centro. Apoyó las manos planas encima de la mesa y echando el torso hacia adelante, dijo a modo de preámbulo:

—Unos dicen que tengo la virtud de ser sincero en todo momento. Mis superiores opinan que en muchas ocasiones decir la verdad de lo que se piensa, es un defecto imperdonable. En todo caso soy mayorcito para cambiar mi forma de ser y por eso deseo hacerles saber lo que pienso de ustedes en estos instantes —hizo una breve pausa Cassidy, y en seguida agregó—: Son unas verdaderas estúpidas.

CAPÍTULO II

Ante el silencio general, continuó diciendo el inspector Chris Cassidy:

—Debo añadir que me encuentro aquí muy en contra de mi voluntad. O sea; en completo desacuerdo con mis superiores, a los que tengo que obedecer. No me he presentado voluntario para enviarlas al matadero como ustedes han hecho. ¿Alguna objeción?

Sheila Carson levantó la mano izquierda como si estuviese en el colegio, y con voz no exenta de sarcasmo, inquirió:

—¿Qué sentido debemos darle a sus palabras, profesor? —dijo con los ojos brillantes—. ¿Debemos interpretarlas como un halago, o simplemente como lo que parecen?

—Parecen un insulto, ¿eh?

—Exacto, profesor.

Cassidy la miró fijo a los ojos.

—¿Cómo se llama usted?

—Sheila Carson.

—En adelante será solamente Carson —anunció, brusco, Cassidy—. Y lo mismo digo para las restantes..., en el caso que decidan aceptar una vez les explique en qué consiste la misión que las ha traído aquí. Y otra cosa, Carson... Olvide lo de profesor y el tono sarcástico. Todas ustedes me llamarán Cassidy. ¿Lo han entendido?

Sheila Carson apretó los labios y cabeceó afirmativamente.

Claudia Rossi se levantó en el pupitre que ocupaba.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Cassidy? Mi nombre es Claudia Rossi. Ya lo sé; Rossi desde ahora.

—Adelante, Rossi.

Claudia titubeó brevemente ante la sequedad que empleaba el hombre al cual había de dirigirse.

—Me gustaría saber el significado de «enviarnos al matadero». Sus palabras son poco tranquilizadoras, Cassidy.

El inspector de la Brigada de Narcóticos inclinó brevemente la cabeza e inspiró con fuerza. Luego volvió a levantarla y posó los ojos en Claudia.

—¿No les explicaron en sus respectivos Departamentos que se trataba de una misión sumamente peligrosa?

—Nos lo advirtieron.

—Y a pesar de eso, aceptaron, ¿eh, Rossi?

—Eso es, Cassidy.

—Muy bien —dijo seco el inspector—. Yo agregaré algo más a la información que les dieron. Es muy posible, casi seguro, diría yo, que muchas de ustedes mueran en la misión.

Ahora fue Carolyn Bolt la que inquirió, pálido el rostro:

—¿Tan grave es el asunto?

—Exacto; se trata de algo extremadamente peligroso.

Chris Cassidy hizo una pequeña pausa y a continuación desparramó la mirada por las muchachas, agregando:

—Sin embargo, quiero darles una oportunidad de que regresen a sus puntos de partida. Es en este instante cuando deben tomar la decisión de seguir o retirarse. Una vez les explique el plan y sus consecuencias posibles, no podrán hacerlo. La que desee irse de ustedes no tiene por qué dar explicación alguna. Bastará con que salga por esa puerta y suba a recoger su maleta —señaló con un ademán al hombre taciturno de mediana estatura que se hallaba situado a su derecha—. Israel Morton la llevará a la terminal de autobuses de Reading. Les prometo que no habrá reproches en absoluto.

Tras las palabras de Cassidy se produjo un pesado silencio.

Las nueve muchachas se miraron las unas a las otras en el más absoluto mutismo, mientras Cassidy aguardaba. Ninguna de ellas se movió de los pupitres.

Después de un par de minutos, Chris Cassidy dio una cabezada.

—De acuerdo. Todas ustedes se consideran heroínas, ¿no?

Rita Lawce levantó la zurda solicitando ser escuchada. Al hacerle una señal aprobativa, Cassidy dijo:

—¿Puedo conocer exactamente su cometido aquí, Cassidy? Mi nombre es Lawce.

—Mi cometido consiste en informarlas de la misión para la cual han sido seleccionadas, y adiestrarlas para ella con la colaboración

del profesor de lucha Israel Morton, y de la señora Granger.

Rita Lawce continuó en tono helado:

—¿Se me permite formular un comentario?

Chris Cassidy asintió despacio.

—Desde este mismo instante se permiten todas las sugerencias y comentarios, Lawce. Doy por descontado que todas ustedes continúan firmemente adelante.

—Muy bien. Estimo que usted trata de desalentarnos para que desistamos de lo que voluntariamente hemos aceptado. Sus palabras no estimulan en absoluto.

—Al principio dije que era siempre sincero, ¿recuerda?

—Sí.

—Pues no tengo ninguna intención de estimularlas, Lawce. Al contrario; desearía que renunciaran.

Rita Lawce apretó los labios con firmeza.

—Siento defraudarle; Cassidy. Vamos a continuar.

—Entendido —sacudió la cabeza el joven—. En primer lugar debo informarles de que ustedes componen..., digamos una segunda promoción de este centro. Con anterioridad, otras siete policías femeninas, de la edad de ustedes, aproximadamente, fueron adiestradas para la misma misión aquí. De las siete, sólo viven cuatro en la actualidad. Las otras tres aparecieron muertas, en distintos lugares de la nación, con los cuerpos tan desfigurados, que ni sus propios familiares fueron capaces de reconocerlas. ¿Comprenden ahora por qué no deseo que sigan?

Entre las presentes, ni una sola de las muchachas pestañeó.

Todas tenían los ojos agrandados y la mirada fijamente clavada en el joven.

Siguió diciendo Cassidy:

—Se trata de prepararlas para que puedan introducirse entre los consumidores de drogas y descubrir las fuentes de suministro. Los traficantes de estupefacientes son gente despiadada y no dudan en exterminar a todo aquel que les estorba. No tendrán la menor consideración con ustedes en caso de ser descubiertas. Por eso deseamos adiestrarlas lo mejor posible.

Con un nuevo ademán señaló al hombre situado a su derecha.

—Israel Morton es un experto en toda clase de luchas y de él recibirán enseñanzas en el gimnasio, de defensa personal

primordialmente. Me consta que todas ustedes recibieron clases de defensa personal antes de ingresar en el Cuerpo de Policía. Sin embargo, les garantizo que aprenderán mucho de Morton. Trucos y golpes que jamás sospecharon. Y créanme que lo necesitarán.

Dejó Cassidy transcurrir unos segundos y luego siguió:

—La señora Granger les entregara un horario que comenzará a regir a partir de mañana y durará sin excepciones los tres meses del curso. Porque deben saber desde ahora que permanecerán aquí tres largos meses y el trabajo va a resultarles agotador. Desde este mismo momento pongo en conocimiento de ustedes que bajo ningún pretexto deberán alejarse más de un kilómetro del edificio donde nos encontramos. La propia señora Granger se encargará de la vigilancia personal, al mismo tiempo que de las comidas. Tampoco podrán enviar o recibir correspondencia durante estos tres meses. ¿Queda claro?

Componiendo una mueca irónica, comentó Claudia Rossi:

—Vamos a parecer monjas de clausura, Cassidy.

—Quizá peor que eso, Rossi.

—Usted dijo que podíamos hacer toda clase de comentarios, Cassidy.

—En efecto, Rossi.

—Muy bien —sonrió la italonorteamericana—. No acabo de hacerme a la idea de ser llamada Rossi por un... hombre como usted.

Chris Cassidy mantuvo el semblante inexpresivo.

—Se habituará al sistema. El llamarnos por los nombres de pila crearía un clima de familiaridad e intimidad, que no deseo bajo ningún concepto. ¿Responde eso a su comentario, Rossi?

—Del todo, Cassidy.

—Correcto. ¿Alguna pregunta más?

Sheila Carson levantó la mano izquierda.

—¿Qué sucedería en caso de contravenir alguna regla, Cassidy?

—Depende de la infracción, Carson.

—Suponga que alguna de nosotras hace una escapadita a Reading, cualquier sábado por la noche.

—En ese caso quedaría automáticamente separada del grupo.

—¿La dejarían entonces regresar a casa?

—No, Carson —torció los labios en ácida sonrisa Chris Cassidy

—. Sería encerrada bajo vigilancia especial, en un lugar lejos de aquí. No les aconsejo que lo hagan.

Wanda Larson quiso saber:

—¿Por cuánto tiempo sería encerrada?

—Mientras dure la misión que será encomendada a las restantes componentes del grupo.

Terry Young abrió mucho los ojos.

—Pero eso puede ser...

Dejó la frase en el aire y fue el propio Cassidy el que se encargó de concluir la moviendo la cabeza.

—Exactamente lo que está pensando, Young; el encierro puede durar un año, o cuatro.

Hubo un prolongado silencio y lo rompió Sonia Farrell:

—Dudo que exista una ley que les permita hacer una cosa como ésa, Cassidy.

El joven encogió los hombros displicente.

—¿A quién le importa la legalidad cuando la vida de ocho personas depende de las medidas que se adopten para protegerlas? Puedo garantizarle que no es una amenaza vana, Farrell.

—Pero la ley...

—Siempre encontraríamos una forma de eludirla... ¿Alguna pregunta al respecto?

Ninguna de las chicas despegó los labios y Cassidy pudo continuar su explicación:

—En cuanto a mi cometido aquí, consiste en informarlas al máximo del mundo de los estupefacientes. En las clases teóricas y a veces prácticas que llevaremos a cabo en esta misma sala, trataré de enseñarles las infinitas maneras de detectar la droga, las reacciones lógicas de una persona drogadicta, la forma de comportarse de un auténtico consumidor de morfina, heroína, cocaína, opio..., o cualquier otro tipo de narcótico. También intentaré ponerlas al corriente de la clase de gente a la que van a enfrentarse, sus posibles reacciones brutales, las sutilezas que emplean en ocasiones. Deseo que cuando transcurran los tres meses sepan tanto de estupefacientes como los propios contrabandistas y consumidores.

En la pausa que siguió, inquirió Rhea Lancaster:

—¿Y después qué ocurrirá?

—Serán destinadas a lugares escogidos con antelación. En

algunas ocasiones trabajarán por parejas y otras veces tal vez solas. Las introduciremos en nuestras Universidades, que actualmente son terreno abonado para los traficantes. En otros lugares donde también se detecta el consumo de drogas con cierta frecuencia, tales como grupos de jóvenes modernos de ideas avanzadas, «clubs» de frívola reputación destinados a la juventud, sitios públicos donde una empleada joven y bonita puede tener el oído atento... Por el momento, no deben de preocuparse de eso. En el instante adecuado serán introducidas convenientemente.

Loretta Harding se incorporó en su pupitre y preguntó con grave entonación:

—¿Puede ser más explícito, Cassidy?

—¿Respecto a qué?

—Quiero pensar que el éxito de la misión que nos sea encomendada en su día, no nos obligue a tener que... prostituirnos. ¿Qué debemos hacer en caso de que el éxito dependa de esta circunstancia?

Chris Cassidy la miró fijo a los ojos unos segundos. Después acabó sacudiendo la cabeza con una fría sonrisa aflorando a sus delgados labios.

—No podemos exigir dicho sacrificio de ustedes, Harding —respondió despacio—. Quedará a su libre albedrío la forma en que deberán proceder llegado el caso.

Durante veinte minutos, el inspector Chris Cassidy continuó exponiendo asuntos y contestando a las preguntas que le formularon las nueve muchachas.

Después les dijo que tenían libre la tarde para poner en orden sus cosas en las respectivas habitaciones. La señora Granger se encargó de emparejarlas para ocupar los aposentos.

CAPÍTULO III

Sheila Carson se desprendió de la blusa sin mangas color malva, y quedóse solo con los sujetadores. Hacía bastante calor y se tumbó en la cama exclamando:

—En menudo berenjenal nos hemos metido.

Terry Young suspendió la tarea de seguir colocando sus vestidos en el armario de la habitación, y se giró hacia su compañera dirigiéndole una sonrisa.

—Esto será como una cárcel, Sheila.

—Peor que un convento de monjas, como dijo Claudia. Ni siquiera se nos permite ponernos en contacto con nuestros propios familiares. Nunca sospeché que se tratara de algo semejante.

—Yo tampoco —dijo Terry pensativa. Luego reparó en las palabras pronunciadas por Sheila e inquirió—: ¿Dejaste fuera a alguien en particular?

—¿Te refieres a que si tengo novio o algo parecido?

—Sí.

Sheila negó dando una cabezada.

—Dejé a mis padres y a mi hermano, en Albany. No creo que se extrañen demasiado de mi ausencia. Desde que ingresé en la policía paso largos períodos sin ponerme en contacto con ellos. Ya sabes..., una se hace la vida en la ciudad y...

—Te comprendo perfectamente, Sheila —sonrió Terry—. En cambio yo sí tengo problemas.

—¿Estás comprometida?

—Bueno..., creo que sí. Sallamos juntos con bastante frecuencia el sargento de detectives William Ross y yo. Supongo que sentimos una mutua atracción. Lo peor del caso es que no tuve ocasión de despedirme de él antes de venir.

—Eso puede complicarte en el futuro, Terry.

—Lo mismo digo yo. Cuando todo esto concluya, es posible que

Will se haya casado con otra y hasta puede tener algún hijo. Pensará que lo he abandonado.

—No seas tan pesimista, mujer.

Terry la miró risueña.

—Si me lo estoy tomando a broma, Sheila. ¿Qué otra cosa puedo hacer después del panorama que nos ha pintado Cassidy?

—Mientras tu Will no crea que te ha ocurrido algo grave, y se ponga a remover cielo y tierra buscándote...

—Alguien se encargaría de pararle los pies, ¿no?

Sheila asintió tendida en el lecho.

—Seguro que Cassidy lo tiene todo previsto —hizo una pequeña pausa y añadió—: Nunca en mi vida he visto a un tipo más bruto y engreído que ese Chris Cassidy. Creo que estoy empezando a odiarlo con todas mis fuerzas.

—¿Y de qué te servirá?

—¿Te diste cuenta en la forma que nos habló? —Y remedando la voz de Cassidy, siguió Sheila—: «En adelante será sólo Carson. Llamarnos por el nombre de pila crearía un ambiente de intimidad que no deseo». ¡Es realmente odioso!

Terry continuó colgando sus vestidos en el armario.

—Es muy diferente al Chris Cassidy que conocí en Boston —comentó para sí, aunque lo suficientemente alto como para que Sheila la escuchara—. Me lo presentó Will.

Sheila Carson aseveró incorporándose de la cama:

—Pues si Chris Cassidy ha cambiado, seguro que ha sido para empeorar, Terry.

—¿Qué te parece todo esto, Claudia?

Claudia Rossi se encontraba bajo el chorro de agua fría de la ducha, refrescándose del sofocante calor del atardecer. Le pareció escuchar a su compañera de habitación y cortó un momento la caída del líquido sobre su morena piel.

—¿Decías algo, Sonia?

Sonia Farrell, vistiendo un largo camisón de tenue tejido que apenas le llegaba hasta la mitad de los bien torneados muslos, se aproximó a la puerta entreabierta del cuarto de baño.

—No tiene importancia. Hablaremos luego.

—¿Has terminado de colocar tus cosas?

—Sí.

—Salgo en seguida, Sonia.

—Es igual. No tienes que darte prisa.

A continuación encendió Sonia un cigarrillo y aspirando con fruición el humo paseó con aire preocupada hasta la ventana. Desde allí se divisaba una panorámica apacible, bucólica. La verde hierba de unos veinte centímetros de alto, se prolongaba por la ladera a lo largo de unos dos kilómetros. Al fondo, un bosquecillo de abetos rompía la monotonía del paisaje con su pincelada de frondosa vegetación.

Podía ser encantador en otras circunstancias.

No pudo precisar el tiempo que permaneció con la frente apoyada en el cristal, ensimismada en sus propios pensamientos.

La voz de Claudia a su espalda la sacó bruscamente de la abstracción en que se hallaba.

—¿Qué me decías, Sonia?

Sonia se giró y vio a Claudia envuelta en una toalla de baño. Forzó una sonrisa moviendo la cabeza.

—No tiene importancia.

—¿Pero qué habías dicho?

—Simplemente, deseaba saber tu opinión sobre todo esto. ¿Qué te parece la situación?

Claudia respondió sin titubear:

—Creo que nos hemos lucido viniendo aquí, Sonia. En mala hora me ofrecí voluntaria.

—Sin embargo, Cassidy nos dio la ocasión de irnos.

—¿Te fijaste en la forma que lo hizo? Fue como un reto. En sus pupilas se podía leer perfectamente. Yo creo que se hubiese reído a carcajadas en el caso de que hubiéramos renunciado a seguir. Lo estaba deseando ardientemente.

—¿Tú crees?

—Estoy completamente segura. Cassidy es de la clase de hombres que no aceptan la igualdad de la mujer. Por eso trató de meternos el miedo en el cuerpo.

Sonia Farrell compuso una mueca.

—Tenemos que reconocer que tienen algo de razón los que piensan así, Claudia. Hay cosas que jamás podremos hacer las mujeres. Los hombres nos superan.

—Tonterías, Sonia. Todo lo que pueda hacer un hombre, lo

podemos hacer nosotras. Sólo es cuestión de proponérselo con firmeza, sin titubeos.

Hubo un breve paréntesis y dijo Sonia:

—No estoy tan segura como tú, Claudia. Acabas de decir que en mala hora te ofreciste a venir. Te contradices.

—No —respondió con énfasis Claudia Rossi—. Me arrepiento de haber venido por los tres meses que vamos a pasar encerradas en este maldito caserón. No del trabajo que haremos después. Llevamos muchos años proclamando la igualdad de la mujer en todos los terrenos. A nosotras nueve se nos ha presentado la ocasión de demostrar que es cierto lo que decimos.

Después de unos segundos, agregó, brillantes las oscuras pupilas:

—Y te aseguro que no desaprovecharé mi oportunidad, Sonia.

Al volante del «Pontiac» verde oscuro que se deslizaba por el camino terroso en dirección al empalme de la comarcal de Sunbury a Reading, ladeó el rostro Israel Morton.

—¿Te dijo Wardell el motivo de la llamada, Chris?

El joven negó sacudiendo la cabeza.

—No. Sólo que deseaba verme lo antes posible en su despacho. Un helicóptero me está aguardando en Reading.

—¿Estarás de regreso mañana?

Cassidy encogió los hombros evidentemente contrariado.

—No puedo saberlo, Israel. En todo caso comienza las clases de lucha a las diez de la mañana siguiendo el programa. Espero que el jefe no me retenga demasiado y pueda estar de vuelta al mediodía.

—El sabe que mañana iniciamos la preparación.

—Por eso. Es posible que el mismo helicóptero me traiga de regreso esta misma noche.

Israel Morton dejó a Cassidy junto al helicóptero sin emblema policial que los aguardaba en las afueras de Reading.

El traslado a Filadelfia apenas si duró media hora.

Habían transcurrido unas dos horas, cuando Chris Cassidy se hallaba en el despacho de su superior, el inspector-jefe Kent Wardell. Éste era un individuo de fornida constitución y gruesas cejas. Después de cambiar un breve saludo con Cassidy, le señaló una butaca ante la mesa que ocupaba.

El joven advirtió las arrugas de preocupación que surcaban su frente.

—Tengo que darte una mala noticia, Chris.

Cassidy arrugó el ceño, pero no dijo nada. Siguió mirándolo fijamente, esperando las siguientes palabras, Kent Wardell dejó escapar un breve suspiro.

—Ha muerto otra de las siete muchachas —dijo con grave entonación Wardell—. Encontraron su cuerpo destrozado a unos tres kilómetros de la Universidad del estado.

CAPÍTULO IV

Chris Cassidy crispó fuertemente los maxilares y sintió que un ramalazo de cólera sacudía todo su cuerpo. Durante varios segundos el color huyó de su rostro.

Haciendo un visible esfuerzo, inquirió, enronquecida la voz:

—¿Quién ha sido esta vez?

Glenda Nunigan... La teníamos introducida en la Universidad como estudiante de Derecho...

—¡Sé todo eso, Kent! —estalló Cassidy prietos los puños y lívido el semblante—. Yo mismo dije que Glenda era una de las que más prometía para la misión.

A continuación, Chris Cassidy se incorporó del asiento y sacando un cigarrillo con ademanes maquinales se lo puso en los labios. Lo encendió y, después de aspirar una bocanada de humo, paseó nervioso hasta la ventana del despacho.

Las calles de Filadelfia fulguraban de luces a sus pies, aunque Cassidy ni siquiera lo advirtió.

De espaldas a Wardell, comentó sarcástico:

—La operación ha salido redonda, ¿eh, Kent? No hemos cazado ni una sola de esas ratas, pero han muerto cuatro muchachas impulsadas por nosotros. Todo un éxito.

—No debes culparte de nada, Chris.

El joven se revolvió, brillantes las pupilas.

—¿No? —masculló, excitado—. Esas muchachas que enviamos a una muerte segura, son las únicas que no tienen culpa.

Kent Wardell trató de mostrarse persuasivo con el joven.

—Toda misión exige sacrificios, Chris. Hasta para ganar una batalla es imprescindible que mueran muchos soldados. Nuestro trabajo está lleno de amarguras como ésta.

Cassidy lo miró incrédulo.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?

—¡No puedo decir otra cosa, maldita sea! —rugió el inspector-jefe Wardell dando un furioso puñetazo en la mesa—. ¿Supones acaso que esas muchachas irán muriendo?

Hubo una larga pausa.

Después de unos minutos, dijo Cassidy:

—Este proyecto es absurdo, Kent. Lo ha sido desde el principio. Por muy bien que adiestremos a las chicas, nunca estarán preparadas para enfrentarse al mundo perfectamente organizado de los traficantes de estupefacientes.

—Es que no se trata de que lo hagan, Chris. Ellas sólo deben detectar a los drogadictos y sus contactos. Somos nosotros los que debemos encargarnos del resto.

—Muy bien, Kent. ¿Cuántos informes has recibido de esas chicas?

—Hasta el momento, ninguno —respondió seco Wardell—. Te consta que hace tan sólo dos semanas que las introducimos en los lugares que ocupan.

Cassidy compuso una mueca moviendo la cabeza.

—Dos semanas y ya han muerto cuatro de las siete, Kent —murmuró penosamente—. Un balance verdaderamente aterrador. Deberías convencer a Washington de que debemos suspender el proyecto.

—No puedo, Chris.

—Inténtalo al menos.

—¡Te repito que no puedo, Chris! ¿Supones acaso que en Washington ignoran lo que sucede? Hace apenas media hora he comunicado la muerte de Glenda Nunigan.

—¿Y qué han respondido?

—Que lamentan lo ocurrido, pero debemos continuar adelante con el plan trazado. En realidad la idea no es descabellada, Chris. Una mujer, joven, acuciada por los estudios o cualquier otro tipo de problemas, es la persona idónea para introducirse entre los consumidores de drogas. Puede resultar un cebo ideal.

Tras un nuevo silencio, Cassidy tomó asiento de nuevo y aplastó la colilla en el cenicero.

—¿Cuántas crees que sobrevivirán de las nueve que vamos a preparar ahora, Kent?

Los ojos de Wardell fulguraron bajo las espesas cejas.

—No me hagas preguntas que no puedo responder, Chris — reprochó dolido—. En todo caso no fue mía la idea.

Cabeceando, masculló torvo Cassidy:

—Me gustaría tener delante al jefazo que tuvo la genial idea, Kent. Seguro que se trata de un fulano que se pasa el día tras una mesa de despacho, firmando un papelucho de vez en cuando.

Wardell chasqueó la lengua.

—No seas necio, Chris. ¿Qué ibas a conseguir?

—Posiblemente nada. Pero me quedaría el consuelo de vaciar toda mi amargura sobre él. ¿Sabes lo que significa convivir durante tres meses con jóvenes atractivas, llenas de vida, y enterarte después que todas tus enseñanzas no han servido para nada? ¿Que van apareciendo como muñecas destruidas por la maldad humana?

Kent Wardell tardó unos segundos en contestar.

—Acabo de cumplir los cuarenta y cinco, Chris. Tengo una hija de veinte años y dos hijos de diecisiete y quince. Puedo hacerme cargo del dolor que sientes.

—Perdona, Kent —se disculpó el joven desviando la mirada—. Todo esto me está desquiciando. Acabaré mal de los nervios si continúo en el plan, lo sé. Estuve luchando en Vietnam y he tenido que imponer los mismos métodos con las nueve chicas de ahora, que tenía mi sargento allá en las selvas vietnamitas. Nada de intimididades con sus hombres. Así es menos doloroso cuando uno de ellos cae ante el enemigo. No quiero conocer a fondo a ninguna de ellas. Me limitaré a enseñarles todo lo que me sea posible. Pero de forma impersonal.

Wardell movió la cabeza en sentido negativo.

—No te servirá de nada, Chris. Esa manera de actuar no la inventó tu sargento. Es tan vieja como el propio mundo. Al final siempre resulta doloroso ver caer a un compañero.

—Entonces..., quítame de la misión, Kent.

—No puedo, Chris. Nadie en la Brigada sabe tanto de narcóticos como tú. Lo entiendes, ¿verdad?

—No, Kent, no puedo entenderlo —negó enérgico Cassidy—. No puedo comprender que enviemos a esas muchachas al matadero. No me cansaré de repetir la ineficacia del plan. Cuatro muertes lo corroboran.

Kent Wardell guardó silencio masajeándose el mentón.

—Estuve meditando mientras llegabas, Chris —dijo despacio—. En realidad no te llamé sólo para comunicarte la muerte de Glenda. Cassidy arqueó las cejas.

—¿Hay algo más?

—Todo cuanto sucede es muy extraño, Chris —murmuró el inspector-jefe como hablando consigo mismo—. No es lógico que las chicas mueran todavía. No es razonable.

Cassidy, se removi6 molesto en su asiento.

—¿Quieres explicarte con mayor claridad?

—Llevamos muchos años juntos, Chris —dijo Wardell—. Deseo que saques tus propias conclusiones. Luego veremos si llegamos al punto de entendimiento que pretendo.

—Adelante.

—Tenemos en primer lugar que ninguna de las cuatro chicas agentes muertas había transmitido mensaje alguno antes de ser asesinadas. En segundo lugar, apenas si llevan las dos semanas en los puestos asignados y ya han sido descubiertas. Para mayor abundancia, cuando encontramos el cadáver de la primera, hacía tan sólo tres días que ocupaba el empleo de camarera en el Club Oslo. La pregunta que me hago es: ¿cómo pudieron descubrir la identidad de esas mujeres si ni siquiera se habían puesto en contacto con nosotros? Por muy bien organizados que estén, es demasiada rapidez para localizarlas.

Chris Cassidy se mantuvo silencioso después de que su jefe acabó de hablar. Por su mente estaba cruzando una idea, que germinaba como consecuencia de las palabras de Wardell. Finalmente, aventuró:

—¿Tratas de insinuar que hay un soplón entre nosotros, Kent?

—¿Tú qué crees?

—Desde luego resulta sospechoso que las muchachas hayan sido descubiertas y eliminadas sin llegar siquiera a intervenir. La verdad es que no había reparado en ello.

—Quiero tu opinión sin rodeos, Chris.

Cassidy encogió los hombros.

—Es posible que alguien facilite información a los contrabandistas. Y en ese caso llegaríamos a otra pregunta: ¿quién puede ser?

—No puede existir otra explicación lógica, Chris.

—De acuerdo, Kent. Pero sigue en pie el interrogante. ¿Quién puede ser el miserable que las delata?

Wardell compuso un gesto ambiguo con las manos.

—Tendremos que trabajar en ello. Te aseguro que desde este momento iniciaré un meticuloso proceso de eliminación con las personas que conocernos el plan. Si mi teoría es cierta, y tú pareces estar de acuerdo con ella, es el único medio de hallar al culpable.

Chris asintió despacio.

—Y queda otra cosa por hacer, Kent.

—¿El qué?

—Retirar a las tres supervivientes del caso. No estarán seguras hasta que logremos esclarecer la situación. Luego será el momento de obrar en consecuencia. Lo más probable es que las tres muchachas no puedan seguir siendo utilizadas.

—Maldita sea... —Gruñó Wardell contrariado—. Tres valiosos meses lastimosamente perdidos. De acuerdo; estableceré contacto con Washington y solicitaré retirar a las chicas del asunto.

Chris saltó en pie impetuoso.

—¿Estás loco, Kent? El retraso de unas horas puede significar la muerte de otra de ellas.

Wardell extendió las manos y golpeó suave la mesa con ellas, deseando apaciguar a Cassidy.

—Tranquilo, Chris, infiernos. Tendré la contestación del jefe en cuestión de minutos —hizo una breve pausa y añadió—: Espera aquí mientras lo hago.

Tardó unos diez minutos en conectar con sus jefes de Washington y éstos los autorizaron a llevar a cabo la petición que les pidió Wardell. Dadas las circunstancias, era lo más conveniente. Ahorquillando el auricular se giró al joven consultando el reloj.

—Seguro que los he cogido durmiendo. Hablé primero con Kane y éste me pasó al jefe. Se mostró razonable y eso resulta muy raro en él.

—Pues no tardes en dar las órdenes para que las chicas regresen aquí, Kent. No podemos perder tiempo.

Pasaron otros diez minutos hasta que Wardell dio las órdenes oportunas para que las tres chicas supervivientes de las siete, fueran retiradas en seguida de la investigación.

Cuando hubo terminado, se giró a Cassidy.

—De momento, tendrás que seguir adiestrando a las otras nueve, Chris. Es muy posible que si descubrimos al traidor y éste las conoce, no nos sirvan para nada. Quedarán automáticamente anuladas. ¿Qué opinas de Morton y la señora Granger como sospechosos?

La inesperada pregunta cogió desprevenido a Cassidy, que soltó un respingo. Al cabo de unos segundos movió la cabeza, replicando:

—No creo que sea ninguno de los dos.

—De todas formas, tendrán que ser investigados todos. Y en primer lugar que los otros.

—Ya. Aún hay un problema, Kent.

—¿Cuál?

—Supón que el hipotético traidor no es descubierto antes de que las nueve, estén preparadas para prestar servicio. Espero que las mantendremos sin actuar, ¿no?

Wardell levantó los hombros con gesto de desaliento.

—No depende de mí, Chris. Aunque te garantizo que haré lo imposible por conseguir retrasar su entrada en servicio.

En aquel instante sonó el teléfono sobre la mesa de Wardell y éste alargó la diestra descolgándolo. Lo aplicó al oído y después de escuchar brevemente, lo tendió a Cassidy:

—Es para ti, Chris. Morton.

El joven miró el auricular extrañado.

—¿Qué querrá?

—La mejor forma de saberlo es preguntádoselo.

Cassidy lo hizo así.

—¿Qué hay, Israel?

Al otro lado del hilo escuchó la voz excitada de Morton:

—Tienes que darte prisa en regresar, Chris.

—¿Qué es lo que ocurre?

La sangre se le heló en las venas al escuchar la apagada respuesta de Morton:

—Hemos encontrado muerta en su habitación a una de las chicas. Es Rhea Lancaster. Asesinada.

CAPÍTULO V

Rhea Lancaster había perdido todo su natural atractivo. El rubio cabello en corta melena, aparecía empapado de sangre. Su encantadora sonrisa estaba trocada en mueca de estupor, de incredulidad ante el horror. La hoja de un cuchillo había dejado una profunda herida junto a la base derecha del cuello.

El forense se incorporó después de examinar el cadáver.

Posó la mirada en el jefe Kent Wardell y en las facciones totalmente lívidas de Chris Cassidy. El joven mantenía los maxilares fuertemente apretados y la mirada inexpresiva.

Indagó Wardell:

—¿Y bien, Theo?

El médico forense, un hombrecillo de ojos vacuos y hombros estrechos, hizo un gesto de vaguedad.

—Considerando el tiempo que hemos tardado en llegar y el estado actual del cadáver, yo diría que la muerte le sobrevino entre diez y diez y media.

—¿Se puede dar ese intervalo como bueno, Theo?

—Yo diría que sí.

—Ya lo has escuchado, Chris. Encárgate de interrogar a las restantes chicas. Como puedes imaginar, la persona que ha matado a¹ Rhea Lancaster se encuentra aquí.

Cassidy salió del hermético mutismo en que se había mantenido desde el momento que contempló con las facciones crispadas el cadáver de Rhea Lancaster.

—¿Qué harás tú?

—Acompañaré a Theo, y nos llevaremos el cadáver en el mismo helicóptero que nos trajo. En cuanto llegue a Filadelfia me pondré a trabajar en lo que hablamos. Esta noche habrá más de uno que me maldecirá, porque voy a movilizar a todos los hombres.

Quince minutos más tarde, el helicóptero policial que se había

posado a escasa distancia de la granja, levantó el vuelo llevando en su interior a Kent Wardell, el forense y la infortunada Rhea Lancaster.

Cassidy regresó despacio al interior del edificio.

En el salón principal se hallaban reunidas las otras ocho chicas, en compañía de Israel Morton y la señora Granger. En todos los rostros se podía leer la honda impresión que los embargaba. Las muchachas conservaban su entereza a pesar de la tragedia, aunque algunas hacían verdaderos esfuerzos por mantenerse serenas.

Chris Cassidy desparramó una dura mirada por todos los presentes desde la misma entrada. Luego, con parsimoniosos movimientos, cerró la puerta y consultó su reloj de pulsera.

—Ahora son las doce y cuarenta minutos de la noche —informó en tono glacial—. Estaremos aquí todo el tiempo que haga falta, porque la criminal persona que acabó con Lancaster, se encuentra entre nosotros. Y tenemos que descubrirla.

No hubo ninguna reacción en las muchachas. Todas siguieron con la mirada ausente, ensimismadas en el propio dolor que las dominaba por lo ocurrido a Rhea.

Siguió diciendo Cassidy:

—En primer lugar deseo conocer el lugar exacto donde se encontraba cada una de ustedes entre diez y diez y media. Iré preguntando y deberán contestar sin titubeos. ¿Entienden?

Sheila Carson levantó la vista hacia él desde el sillón que ocupaba. En sus facciones observó Chris incredulidad.

—¿Pretende insinuar que lo hizo una de nosotras?

—No, Carson —repitió con dureza Cassidy—. No pretendo insinuarlo. Lo estoy afirmando.

—Pero..., el asesino pudo venir de fuera.

—Imposible.

—¿Por qué imposible?

Cassidy dirigió una mirada a Morton.

—Explícalo, Israel.

Morton carraspeó, aclarándose la garganta.

—Este lugar se encuentra rodeado en todos sus contornos por nuestros hombres. Empleamos un sistema electrónico y cualquiera de ustedes que hubiese pretendido escapar, no hubiera sobrepasado los cuatro kilómetros. Y lo mismo sucede para penetrar en el cerco.

Cassidy volvió a mirar a Sheila.

—¿Aclarado, Carson?

—Sí, pero...

—Empiece por decirnos dónde se encontraba a la hora indicada, Carson —la cortó tajante el joven—. Y procure ser lo suficientemente clara en su informe.

Sheila Carson mantuvo retadoramente la mirada de Cassidy.

—Empiece por decirnos dónde se encontraba a la hora indicada, Carson —la cortó tajante el joven—. Y procure ser lo suficientemente clara en su informe.

Sheila Carson mantuvo retadoramente la mirada de Cassidy.

—Me encontraba en la habitación acostada. Terry y yo estábamos despiertas y charlábamos cuando nos sobrecogió el grito espeluznante de Carolyn, al descubrir a Rhea.

—¿Cuál era el tema de la conversación?

—¿Importa eso?

—Las preguntas las hago yo, Carson. No lo olvide.

—Está bien —suspiró Sheila—. Hablábamos sobre su persona, Cassidy. Terry trataba de convencerme de que no es usted en realidad lo que ahora aparenta.

—¿Qué es lo que aparento, Carson?

—Tengo que ser sincera y responder sin titubeos, ¿no? Pues usted aparenta ser un tipo engreído, presuntuoso, lleno de vanidad. No parece un ser humano.

En los ojos de Chris fulguró un leve destello como única reacción. Sin decirle nada más, se giró a Terry.

—¿Es todo eso cierto, Young?

Terry Young movió lentamente la cabeza, murmurando:

—Sí.

—No he escuchado, Young. ¿Le importa hablar en tono más alto?

—Lo que ha dicho Sheila es verdad —casi chilló Terry Young—. Nos encontrábamos juntas.

—Está bien, pero sin gritos histéricos, ¿estamos?

La bonita muchacha de Boston inclinó la cabeza y de su garganta brotó un leve sollozo, que en seguida procuró reprimir. Cassidy miraba ahora a Loretta Harding.

—Cuando murió Lancaster, ¿dónde se encontraba usted,

Harding?

Loretta le dirigió una mirada de odio mal reprimido.

—¿No puedo llamarla Rhea ni aún después de muerta, Cassidy? Veo con la menté lo que pondría usted grabado en su lápida: «Aquí yace Lancaster» —hizo una breve pausa Loretta Harding y dijo con voz apagada—: Era una muchacha que llegó ilusionada desde Nueva York, para dejar su vida en esta miserable granja.

Cassidy apretó los maxilares y sus pupilas relampaguearon.

—Responda a mis preguntas y déjese de evasivas, Harding.

—Si cree que son evasivas...

—¡Conteste a la pregunta que le hice!

Loretta Harding se incorporó con fiereza y las aletas de su nariz palparon mientras sus senos subían y bajaban con gran precipitación. Clavó una dura mirada de odio en el joven.

—Estaba jugando una partida de naipes con Claudia, Wanda y la propia Carolyn, Cassidy —silabeó conteniendo a duras penas—. No teníamos sueño y decidimos pasar el rato de esa forma. Luego, Carolyn subió a la habitación y en seguida escuchamos gritar aterrada. ¿Se siente satisfecho de mi respuesta?

Por toda contestación, Cassidy le indicó con un ademán que volviera a tomar asiento.

A continuación interrogó a las otras tres.

Claudia, Wanda y Carolyn, corroboraron la explicación de Loretta coincidiendo en todos los detalles. Habían estado jugando desde las nueve hasta las once y cuarto.

Aquello las descartaba y se dirigió a otra de las reunidas:

—¿Farrell?

Sonia, la californiana de rostro redondo y nariz respingona, se hallaba en pie junto a una de las ventanas. Tardó unos segundos en contestar a Cassidy:

—Yo estaba fuera, Cassidy. Tampoco sentía sueño y paseé por el exterior fumando. Ignoro el tiempo que permanecí dando vueltas por ahí. Entré al escuchar el grito de Carolyn.

—¿Cuántos cigarrillos fumó?

Sonia Farrell encogió los hombros.

—Lo ignoro.

—¿Cómo puedo saber que dice la verdad?

Ante la dureza con que la trataba Cassidy, la chica se puso

encamada como una amapola. Frunció el ceño no queriendo dar crédito a lo que sospechaba. Con grandes esfuerzos, pudo tartamudear:

—¿No estará pensando que yo...?

—No pienso nada todavía, Farrell —la interrumpió el joven heladamente—. Sólo intento reunir datos.

—¡Yo no la maté, por Dios! —sollozó rotos los nervios Sonia—. Puedo jurarle que soy incapaz de una cosa así.

La señora Granger se encontraba junto a la puerta de la cocina y se adelantó afirmando:

—Farrell está diciendo la verdad, Cassidy.

El joven la miró interesado.

—¿Cómo puede usted saberlo?

—La estuve observando largo rato a través de los cristales de la cocina —explicó la señora Granger—. Permaneció todo el tiempo fumando sin cesar. Quise salir a decirle que eso no es bueno y que debía irse a la cama. Pero la vi tan absorta en sus propios pensamientos que no me atreví a molestarla. Recuerdo que consulté el reloj y eran las diez y veinte minutos. Llevaba más de tres cuartos de hora frente a la ventana y aún estuvo un buen rato más.

—De acuerdo —convino el joven—. Su declaración la descarta también a ella.

Sonia se había dejado caer en un diván y sollozaba convulsivamente, en tanto Sheila trataba de consolarla. Haciendo caso omiso a ambas, se giró Cassidy hacia la octava muchacha.

—¿Lawce?

Rita Lawce se levantó sin prisas del sillón donde estaba sentada. Sostuvo sin pestañear la mirada del joven y dijo con impresionante frialdad:

—No tengo coartada si es lo que desea saber, Cassidy. Soy la única incapaz de demostrar que es cierto lo que digo. Me encontraba durmiendo en mi habitación.

En el salón gravitó un profundo silencio.

En tono sarcástico, continuó diciendo Rita Lawce:

—No va a tener otra alternativa que detenerme por presunta asesina de Rhea, Cassidy.

CAPÍTULO VI

El teléfono repiqueteó con machacona insistencia sobre la mesita de noche, en la habitación que ocupaba el teniente Hugh Kelly de la Brigada Criminal de Sacramento. Seis..., siete veces llegó a sonar, hasta que Kelly lo atrapó de un manotazo increpando una maldición contra las telefonistas de los hoteles de Filadelfia.

Lo apoyó contra la almohada y aplicando el oído a él, gruñó con voz soñolienta:

—Diga lo que sea y cuelgue.

—¿Teniente Kelly?

—No. Aquí, Pluto.

—El inspector Wardell desea que acuda usted a su despacho en seguida, teniente.

Ya había reconocido Hugh Kelly la voz del agente Jim Turner al servicio personal del inspector jefe, Kent Wardell. Echó una ojeada a la esfera del reloj y, comprobó que las manecillas indicaban las dos y veintiocho minutos.

Componiendo una mueca dirigida al auricular, indagó:

—¿Puede sacarme de una duda, Turner?

—Depende, teniente.

—Te lo pondré fácil —masculló Kelly—. El cabra de mi reloj marca las dos y veintiocho minutos. Seguro que se paró el gandul, ¿no?

—Su cafetera sólo atrasa dos minutos, teniente. Ahora son las dos y treinta minutos de la madrugada.

—¿Y a qué hora duermen ustedes en Filadelfia, maldición?

Al otro lado del hilo se escuchó la risita de Turner.

—Cuando nos dejan, teniente. ¿Qué le digo al jefe?

—¿Servirá de algo decirle que no me encontró?

—Creo que no.

—Entonces, dígame que voy tan pronto me despierte. Cuestión de

quince o veinte minutos.

—De acuerdo, teniente.

Kelly colgó y después de desperezarse y bostezar un par de veces, comenzó a vestirse lentamente. Se hallaba en Filadelfia para perfeccionar sus conocimientos en la represión de narcóticos. Sus jefes lo habían enviado con una carta de presentación para Kent Wardell, que tenía una bien ganada fama en toda la costa del Pacífico.

Actuaba junto a Wardell como observador por cortesía de éste, y trataba de aprender nuevos métodos para aplicarlos después en la Criminal de Sacramento. En los últimos meses, como estaba ocurriendo en todo el mundo, el tráfico de estupefacientes se extendía por California procedente de México y de Oriente.

Dieciocho minutos después de recibir la llamada del agente Turner, penetraba en el despacho de Wardell y éste le indicó un sillón haciendo un ademán.

—Siento haberlo despertado, Kelly.

—No tiene importancia, señor —mintió el teniente—. En realidad, no tenía sueño.

—Han ocurrido algunas cosas y he tenido que movilizar a casi todos mis hombres poniéndolos en acción. Puede interesarle comprobar la forma en que actuamos.

Kelly sacudió la cabeza asintiendo.

—Muy amable, inspector.

Wardell relató todo lo sucedido de manera concisa, pero sin omitir ningún detalle. Antes de aceptar a Hugh Kelly a su lado, realizó las oportunas averiguaciones y le contaba que podía fiarse de él. Por lo tanto, era otro de los que conocían el plan que se estaba llevando a cabo con las muchachas.

Al concluir Wardell, el rostro de Kelly aparecía macilento.

—Todo esto resulta intolerable, señor.

—Desde luego, teniente. Hemos de poner fin a la masacre por todos los medios.

—¿Ha tomado alguna medida?

—De momento he dado orden de que regresen lo antes posible las tres agentes que aún quedan con vida. Turner y otros agentes lo están haciendo ahora.

Hugh Kelly se masajeaba el mentón meditativo.

—Todo esto resulta muy raro, señor —dijo cauteloso—. Apenas si las han puesto en servicio y ya aparecieron cuatro de ellas asesinadas. Sin contar la que está con Cassidy.

Wardell no se anduvo con rodeos.

—¿Qué le sugiere eso, Kelly?

El teniente de Sacramento titubeó unos instantes posando la mirada en su interlocutor. No se atrevía a expresar con palabras lo que estaba pensando y tuvo que ayudarlo Wardell:

—Vamos, Kelly, dígalos sin ambages. Le prometo que quedará entre nosotros.

—Es algo bastante grave, inspector.

—¿Acaso tenemos una filtración en el Departamento, Kelly?

El teniente le sostuvo la mirada cabeceando gravemente.

—Puedo estar equivocado, pero eso es lo que pienso, inspector Wardell. Comprendo que entre su gente...

—Pueden haber traiciones como en todas partes, Kelly —atajó brusco el inspector—. Cassidy y yo hemos llegado a la misma conclusión hace unas horas. No existe otra explicación para lo que sucede.

Transcurrió un intervalo silencioso e inquirió Kelly:

—¿Ha tomado algunas medidas al respecto?

—Desde luego. Tengo a varios muchachos trabajando en ello. Puedo asegurarle que esta noche duermen muy pocos de mis hombres.

—Comprendo.

En eso sonaron unos golpecitos en la puerta y ésta se abrió apareciendo un joven espigado de rostro barbilampiño de unos veinticuatro años. Avanzó hacia la mesa de Wardell.

—Tenemos aquí a dos de las agentes, señor.

—¿Qué ocurre con la tercera, Jim?

—La estamos buscando, señor —informó Turner—. No se encontraba en su puesto de trabajo, ni en el apartamento. He destacado a varios hombres a los lugares que se le aconsejó frecuentar.

—¿Cuál de ellas falta, Jim?

—Carol Greene, señor.

—Bueno, Jim —dijo Wardell—. Seguid buscando sin desmayo hasta dar con ella. En seguida que la traigáis hazlas pasar a las tres.

Tengo que hablar con ellas.

—Bien, señor.

A pesar de que habían terminado de hablar, Jim Turner continuó sin moverse de delante de la mesa. Se podía adivinar por la crispación y palidez de su rostro casi aniñado, que se hallaba profundamente afectado por la muerte de las chicas.

Wardell frunció el entrecejo, mirándolo.

—¿Deseas algo más, Jim?

—Sí, señor.

—¿Qué es?

—¿Daré la orden de actuar, inspector? Lo digo porque me gustaría ir entre los primeros.

Wardell escrutó el semblante intrigado.

—¿A qué te refieres, Jim?

—Sabemos el nombre de la persona que se encuentra detrás de los asesinos, señor —dijo Jim Turner sin mover un solo músculo del rostro—. Quedaría defraudado si Kevin Reed continúa dándose la gran vida y ordenando fríamente la eliminación de nuestras muchachas.

Wardell atirantó el semblante.

—Kevin Reed es un honorable ciudadano de esta ciudad, hasta tanto no se demuestre lo contrario, Jim.

—Difiero de su opinión, señor. Para mí es un cerdo inmundo que no merece seguir viviendo. Desde este momento, me ofrezco voluntario para vaciar el cargador de mi pistola en su asqueroso abdomen. Yo afrontaría las consecuencias diciendo que actuaba por mi cuenta.

Wardell se incorporó violentamente en su asiento y fue a replicar de forma airada. Luego logró contenerse y movió la cabeza diciendo en tono reprobatorio:

—Jim, Jim... Debes meterte en la cabeza que no somos pistoleros al servicio de la justicia, muchacho. Tenemos la certeza de que Kevin Reed es el hombre que mueve todo el tráfico de estupefacientes en Pennsylvania, desde luego. Pero necesitamos pruebas contundentes para llevarlo ante un tribunal y que pague sus culpas.

Jim Turner murmuró confuso:

—Inspector, yo...

—Lo sé, Jim, lo sé. Todos nosotros deseamos atrapar al causante de estos viles crímenes. Pero hemos de hacerlo en la forma adecuada. Con el peso de la ley.

Hizo una pausa Wardell, y ya más calmado, agregó:

—Anda, Jim, seguid buscando a Carol.

—Sí, inspector.

Jim Turner volvió a salir del despacho de su jefe. Cuando hubo cerrado la puerta a sus espaldas, sonrió bajito el teniente Hugh Kelly al tiempo que comentaba:

—Un muchacho impulsivo este Turner, inspector.

—Pero un gran chico y un excelente agente, Kelly —aseguró Wardell—. No puedo negar que le falta experiencia, pero Cassidy y él son mis más fieles colaboradores. Tengo fe ciega en ellos.

—Con hombres como Cassidy y Turner me gustaría contar en Sacramento, inspector —aprobó Kelly—. No los conozco lo suficiente, pero opino lo mismo que usted; son dos hombres honrados y extraordinarios colaboradores de cualquier jefe.

Wardell torció los labios bromeando serio:

—No cuente con llevárselos, Kelly.

El teniente de Sacramento le devolvió la broma.

—Ni siquiera lo intentaré, inspector —hubo un corto silencio que no rompió ninguno de los dos hombres. Finalmente siguió diciendo Kelly—: A Turner no le falta razón respecto a Kevin Reed, ¿verdad, inspector?

—Podría poner las manos en el fuego sin temor a quemarme, Kelly.

—Pero es difícil probarlo, ¿no?

—Exacto. Es la persona más escurridiza con que me he encontrado en toda mi vida. Puedo garantizarle que si un día tengo la ocasión de echarle el guante, estaré borracho varios días. Y soy abstemio.

—¿No se le podría tender una trampa?

—Lo hemos intentado infinidad de veces. Siempre se nos escapó milagrosamente en el último instante. En cierta ocasión lo tenían copado en un almacén abandonado Cassidy y Turner. Ambos sabían que Reed se hallaba en compañía de varios kilos de heroína. Cuando mis hombres penetraron en el almacén, encontraron la droga, pero Reed no apareció por ninguna parte. Después supimos

que había permanecido escondido durante horas en un agujero disimulado del suelo del local. Ha sido la vez que lo tuvimos más cerca de nosotros. Cassidy y Turner llegaron a tener pesadillas por haberlo dejado escabullir.

—Un tipo astuto ese Kevin Reed.

—Y que rara vez da la cara.

La puerta del despacho tomó a abrirse y otra vez apareció en el umbral Jim Turner.

—Inspector...

—¿Sí, Jim?

—Acaba de llegar Carol Greene, señor. Se ha presentado aquí por propia iniciativa.

—Está bien, Jim, hazlas pasar.

—Carol está muy afectada, inspector. Desea hablar a solas con usted. Bueno..., sin que se encuentren delante sus dos compañeras.

Wardell se sintió repentinamente interesado.

—¿Lo ha dicho así?

—En efecto, señor.

—De acuerdo. Que venga y entra tú con ella.

Minutos después, una joven de veintidós años que daba la impresión de tener los cuarenta, se encontraba mirando con ojos febriles al inspector-jefe Wardell. Sus facciones aparecían lechosas, intensamente pálidas, y con grandes ojeras.

No quedaba ni rastro de belleza, en la que días antes fuera una atractiva muchacha.

Jim Turner cerró suavemente la puerta por dentro, mientras Wardell y Kelly contemplaban impresionados a Carol Greene.

Después de largos segundos, despegó los labios la chica:

—¿Está buscando un traidor, inspector Wardell?

El aludido cabeceó despacio sin dejar de observarla.

—Así es, Carol.

Ella hizo una mueca que resultó un rictus de profundo dolor.

—No hace falta que siga buscando, inspector —dijo con un hilo apenas audible de voz—. Yo traicioné a mis compañeras.

CAPÍTULO VII

Chris Cassidy observó impávido a Rita Lawce.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo, Lawce?

—Con toda exactitud, Cassidy —replicó serena la muchacha—. He dicho que no tengo coartada.

—Es usted la única que no puede demostrar dónde estaba en el momento en que asesinaban a Lancaster.

—Eso es.

Chris la contempló durante largos segundos, en medio del impresionante silencio que los rodeaba.

—Sin embargo, no admite haber matado a su compañera. ¿O me equivoco, Lawce?

Rita movió la cabeza en sentido negativo.

—No se equivoca, Cassidy —aseguró brillante la mirada—. ¿Me permite enseñarle un papel?

—Desde luego.

Rita Lawce vestía una blusa sin mangas y una falda de amplio vuelo y con grandes bolsillos. Introdujo la mano en uno de ellos y extrajo un papel doblado que tendió al inspector Cassidy.

El joven lo cogió entre sus dedos y desdoblándolo lo estuvo leyendo atentamente. Al terminar la lectura levantó la cabeza y antes de que hablara, inquirió Rita:

—¿Aún sigue pensando que yo pude matar a Rhea, Cassidy?

El joven se rascó el mentón dubitativo y continuó la chica:

—La persona que haya matado a nuestra compañera tiene que estar en contra de la represión de estupefacientes, ¿verdad, Cassidy? Tiene que estar en favor de los traficantes.

—Cierto.

—¿Y me cree capaz de ello, inspector? —dijo hablando despacio Rita Lawce—. Como atestigüa ese documento que tiene en las manos, mi hermano Ben, de diecinueve años de edad, se encuentra

internado en un centro de desintoxicación de Los Ángeles. Puedo asegurarle que sabía cuál iba a ser nuestro trabajo cuando me presenté voluntaria. El comisario de mi Departamento siente un verdadero afecto por mí y dejó entrever algo. Vine aquí porque odio con todas mis fuerzas a la gentuza que trafica con drogas. Yo no he podido matar a Rhea, Cassidy.

El joven se mantuvo silencioso unos instantes.

—Comprobaré todo eso que ha dicho, Lawce. Y también la veracidad de este documento.

—De acuerdo, Cassidy.

Chris dejó que transcurrieran tensos los segundos. Finalmente levantó los hombros emitiendo un suspiro.

—Según parece, ninguna de ustedes ha podido asesinar a Rhea —reconoció con cierto desaliento en la voz—. Todas disponen de una buena coartada, y la única que no la tiene posee motivos sobrados para no colocarse frente a nosotros. Nos encontramos en un callejón sin salida. No obstante, alguien ha mentido.

Loretta Harding levantó la cabeza preocupada.

—¿Qué quiere decir, Cassidy?

—Que tiene que existir un detalle, por insignificante que parezca que delate a la persona que cometió el crimen. Todo no puede ser tan perfecto como aparenta. Hay un fallo en las coartadas y ustedes deben ayudarme a descubrirlo. Ahora es mejor que regresen a sus habitaciones y piensen detenidamente en ello. Por la mañana nos volveremos a reunir en este mismo salón.

Sin decir nada más, Chris Cassidy giró sobre los talones y con una mirada de inaudita dureza plasmada en sus ojos, se encaminó a grandes zancadas al gimnasio.

Una vez en la vasta sala de la granja, la oscuridad que reinaba en aquel lugar lo envolvió. Se puso un cigarrillo en los labios y aspiró con fruición el humo, enfrascado en el problema.

Una de las muchachas era una mentirosa.

Estaba seguro de que podía descartar a Morton y la señora Granger como sospechosos. Con lo cual sólo quedaban las ocho chicas como presuntas asesinas. Aquello demostraba que una de ellas tenía una grieta en su coartada.

Sheila Carson y Terry Young se hallaban juntas en su habitación.

Loretta Harding, Carolyn Bolt, Wanda Larson y Claudia Rossi,

jugaban a los naipes pasando el tiempo en el salón.

Sonia Farrell estuvo todo el tiempo bajo la vigilancia de la señora Granger.

Y por último; Rita Lawce era la menos indicada para trabajar al servicio de Kevin Reed. Porque en eso era en lo único que no podía tener dudas. El canalla de Reed era el verdadero instigador de los crímenes, el que estaba moviendo los hilos de la trágica representación.

Imprecó una maldición entre dientes por haberlo dejado escapar en aquella ocasión en que lo tuvo a su merced. Si hubiesen logrado exterminarlo aquel día...

Chris Cassidy no podía evitar el sentirse impotente, defraudado consigo mismo. Su mente era un caos de ideas contradictorias, en las que imperaba lo único que no podía permitirse un hombre de su profesión; el desaliento, el destrozarse él mismo los nervios.

—¿Por qué odia a todas las personas, Chris?

Cassidy respingó girándose como una centella.

Un retazo de luna se colaba por uno de los amplios ventanales del gimnasio. Y daba de lleno en el rostro sereno, grave, de Sheila Carson. La muchacha lo estaba mirando fijamente a los ojos.

—¿Qué está haciendo aquí, Carson? —replicó bruscamente—. Dije que se retirasen a sus habitaciones.

La pelirroja levantó levemente los hombros. Se cubría con un tenue salto de cama y bajo él, sólo llevaba puesto el camisón.

—No sentía sueño. En realidad creo que no podría dormir ni un solo minuto. ¿Por qué no me llama Sheila?

Chris frunció el ceño hosco.

—¿Qué le hace suponer que debe recibir un trato diferente a las demás, Carson?

La chica titubeó ligeramente.

—Verá..., mi padre fue teniente de policía en Nueva York. Lo mataron unos rufianes a los que perseguía una noche. Con frecuencia podía leer en sus ojos la misma miraba que estoy leyendo en los suyos desde que lo conozco, Chris. Cuando yo era pequeña pensé a menudo que mi padre me odiaba por algún motivo que yo desconocía. Luego mi madre se volvió a casar y ahora vive en Albany con su esposo y un pequeño fruto de su nuevo matrimonio. Pero eso no viene al caso —hizo Sheila una breve

pausa y en seguida continuó—: Más tarde llegué a comprender lo que le ocurría a mi padre. Realmente no me odiaba en absoluto. Su continuo malhumor y sus intemperancias constantes, se debían a la lucha que diariamente libraba contra la escoria de la ciudad, al ver caer muertos a sus compañeros... ¿Es eso lo que le ocurre a usted, Chris?

Cassidy inclinó la cabeza sin responder.

Súbitamente vio a la pelirroja Sheila Carson de forma distinta; llena de una extraordinaria sensibilidad humana, de unos deseos enormes de comprenderlo.

Y sin poderse explicar los motivos. Debido quizá a su estado emotivo, sintió un afán imperioso de desahogarse con ella, de confesarle todos sus pesares.

—¿Llegó a pensar de verdad que las odiaba, Sheila? —inquirió enronquecida repentinamente la voz.

—Al principio no voy a negarle que sí, Chris —respondió ella con sencillez—. Luego..., pude darme cuenta de que a usted le ocurre lo mismo que le sucedía a mi padre.

Un largo silencio se prolongó entre los dos.

Finalmente, Chris Cassidy comenzó a decir lentamente.

—Les dije que con anterioridad a ustedes estuvieron aquí otras muchachas, ¿no? Siete chicas jóvenes y encantadoras a las que llegué a cobrar un afecto puro y sincero. Las conocía a todas por sus nombres y ellas me apreciaban, estoy seguro. Después..., las he ido viendo aparecer muertas, destrozadas, con la vida segada en plena juventud, Sheila. Es algo muy duro de vivir, Sheila. Es... como si a una niña que juega diariamente y se encariña con sus muñecas, de pronto una persona cruel y despiadada se las destroza por el simple placer de hacer el mal. La niña sentirá un profundo dolor en su corazón y jamás se podrá explicar lo sucedido. Sólo preguntará en su inocencia: ¿Qué fue de mis muñecas? Es muy posible... que nunca vuelva a encariñarse con una muñeca.

La voz de Cassidy había sido inusitadamente ronca al pronunciar las últimas palabras.

Sheila Carson alargó la mano y la depositó sobre el brazo del joven.

—Puedo comprenderlo, Chris —musitó trémula.

Cassidy levantó la cabeza y la miró a los ojos. Vio que la chica

temblaba como una hoja azotada por el aire. Toda ella se hallaba henchida de un especial atractivo.

El rayo de luna que se colaba por el ventanal se interpuso entre los dos jóvenes iluminando sus semblantes.

Chris Cassidy nunca supo si fue el dolor que los embargaba a ambos lo que llegó a unirlos.

Se fundieron en prieto abrazo.

Y los labios del joven buscaron ansiosamente la boca de Sheila. Fue un beso prolongado, casi salvaje, y al mismo tiempo llenó de una infinita ternura, de una paz interior que Chris necesitaba.

Los labios de Sheila quemaban.

Cuando al fin se separaron, musitó la chica:

—No debes culparte de lo que ocurre, Chris.

—¿Cómo puedo evitarlo, Sheila? —preguntó él con entonación desesperada—. Yo preparé a esas muchachas.

—Pero ellas, igual que nosotras, eran conscientes del peligro que iban a correr, Chris. Y lo aceptamos voluntariamente.

Cassidy la sujetó por los hombros y sintió la carne palpitante de ella en sus palmas.

—Escucha, Sheila...

De pronto, las palabras que se disponían a pronunciar Cassidy, fueron interrumpidas por algo que los paralizó.

Un grito infrahumano les llegó procedente del piso alto.

Chris reaccionó con prontitud echando a correr abandonando el gimnasio sin preocuparse de si era seguido por Sheila. Cruzó como una exhalación el salón y subió la escalera que conducía al piso alto saltando los escalones de tres en tres.

Al llegar a la entrada del pasillo se detuvo como si hubiese chocado contra una pared invisible.

Sintió un estremecimiento en todo su cuerpo.

En el suelo del pasillo, con una expresión de horror en la cara, y el cuello casi seccionado por el tajo de una certera cuchillada, se encontraba Carolyn Bolt.

CAPÍTULO VIII

Saliendo de su asombro, inquirió Wardell:

—¿Sabes lo que estás diciendo, Carol?

Carol Greene lo miró a través de las lágrimas que comenzaban a fluir de sus ojos. Se encontraba cada vez más pálida y tenía que hacer verdaderos esfuerzos por mantenerse derecha. Cuando pudo empezar a hablar, su voz sonó patética en el despacho.

—Ellos me obligaron a revelarles la identidad de mis compañeras. Llevo dos semanas debatiéndome en un infierno que ya soy incapaz de seguir soportando. Yo...

Kent Wardell se levantó y acercándose a ella la sujetó por los hombros. La ayudó a tomar asiento en uno de los sillones y Carol Greene lo dejó hacer como un autómatas.

—Vamos a tomarlo con calma, Carol —dijo Wardell tratando de serenarla—. Procura tranquilizarte. Tienes que hacer un esfuerzo, muchacha.

—El remordimiento me está matando, inspector. Ellos tenían en su poder a mi madre y me obligaron...

—Tranquila, Carol, tranquila —habló suave Wardell palmeándole el brazo—. Somos tus amigos.

A continuación fue hasta un pequeño armario y regresó con una copa de *brandy*, obligando a Carol a bebería. Cuando lo hubo ingerido, el color acudió en parte al macilento semblante de la chica.

—Ahora quiero que lo expliques todo detalladamente, Carol —pidió Wardell sin abandonar la comprensiva entonación, situándose junto a ella—. Hazlo desde el principio y de forma coherente. Tenemos que comprender todos tus sufrimientos, muchacha.

Carol Greene levantó una mirada agradecida hacia su jefe, con los ojos rasos de lágrimas. Estaba completamente deshecha y por eso, al principio sus palabras fueron vacilantes:

—Yo vivo en compañía de mi madre, inspector. Ocupamos una casita en las afueras de Rochester. El primer día que comencé a trabajar en el club vinieron a visitarme dos hombres y me entregaron una carta escrita por la mano de mi madre. En ella me decía que se hallaba en poder de aquellos individuos, que la tenían encerrada en un sótano. Los dos hombres dijeron que regresarían al día siguiente, y que si deseaba volver a ver con vida a mi madre, era conveniente que no avisara a la policía. Que me la devolverían con la cabeza machacada en caso de que lo hiciera. Mi madre ha trabajado mucho para sacarme adelante cuando mi padre faltó, inspector... Tiene cincuenta años y la pobre...

La voz de la chica se rompió en un sollozo.

Wardell volvió a palmearle el brazo con torpes ademanes.

—Vamos, vamos, Carol, debes continuar hablando.

—Corrí enloquecida a mi casa, inspector —siguió ella secándose las mejillas en el pañuelo que le tendió Wardell—. Allí... comprobé que aquellos hombres no mentían. Todo se encontraba revuelto y en la puerta de la habitación de mi madre pude ver una fotografía de ella clavada en la madera con un cuchillo. No pude dormir en toda la noche..., en realidad llevo una eternidad sin dormir.

—¿Qué ocurrió después, Carol?

—Los dos hombres regresaron al día siguiente como habían prometido. Se limitaron a poner un papel y un bolígrafo ante mí. Debía escribir en él los nombres de mis seis compañeras y los lugares de trabajo que les habían asignado. Dijeron riendo que estaba en mi derecho de negarme a hacerlo si no quería cometer una traición. Pero en ese caso recibiría cada día un trozo del cuerpo de mi madre. Un día sería el brazo izquierdo, después el derecho, a continuación... ¡Fue espantoso, inspector!

Prietos los maxilares, masculló Jim Turner junto a la puerta:

—¡Canallas...!

Wardell le dirigió una mirada pero no dijo nada. Continuó interrogando a Carol Green:

—Le diste los nombres, ¿verdad, Carol?

La chica lo miró llena de remordimientos y desesperación.

—Tuve que hacerlo, inspector.

—¿A pesar de que condenabas a tus amigas a una muerte cierta?

—¿No comprende que no me dejaron otra opción? —dijo

patética Carol—. La vida de mi madre...

—Un momento, Carol —intervino el teniente Kelly poniéndose en pie—. ¿Se da cuenta de que todo cuanto diga puede ayudar a condenarla?

Wardell giró la cabeza observándolo y el teniente levantó los hombros como pidiendo disculpas.

—Lo siento, Wardell —dijo—. Quizá Carol debería tener a un abogado a su lado. Las declaraciones que está haciendo la comprometen de forma total.

El inspector jefe Ken Wardell apretó las mandíbulas.

—¿Deseas que avisemos a un abogado, Carol?

La chica movió la cabeza en sentido negativo.

—Ella no se encuentra en condiciones de decidir —siguió intercediendo Hugh Kelly.

Wardell inspiró con fuerza y sus músculos faciales se endurecieron al clavar los ojos en el teniente.

—Escuche, Kelly. Usted se encuentra aquí como simple observador y le agradeceré que no interfiera —luego, ya más relajado, agregó—: Para su tranquilidad personal le prometo que no aplicaremos a Carol Greene el habitual tratamiento de una vulgar delincuente. Me hago cargo de que esta chica se encuentra más necesitada de ayuda que de otra cosa.

Kelly inclinó levemente la cabeza.

—Perdone, inspector.

Wardell se desentendió de él y giróse a Carol Greene.

—Continúa hablando, muchacha.

Carol se tomó unos instantes para proseguir:

—Escribí en el papel los nombres y lugares que ellos me pedían. Comprendí que aquello me convertía en una repugnante traidora, pero el amor por mi madre pudo más que cualquier otro argumento que me formulé. He vivido un infierno insoportable desde entonces, inspector. Me he pasado todo el tiempo sufriendo de una manera atroz.

Wardell cabeceó asintiendo.

—Nos hacemos cargo, Carol. ¿Quieres seguir hablando, o deseas tomarte un rato de descanso?

—Es mejor acabar cuanto antes, inspector.

—Está bien. Adelante.

Las mejillas de la chica aparecían surcadas por las lágrimas que no dejaron de manar mansamente de sus bellos ojos durante todo el relato.

—Después... —continuó Carol con voz insegura—. Comenzaron a aparecer mis compañeras cruelmente asesinadas. Primero fue Susan..., a continuación Kitty. Sentí que el mundo se hundía a mis pies. Que no podría seguir viviendo con mis remordimientos. Al día siguiente de la muerte de Kitty se presentaron aquellos odiosos hombres en mi casa. Me traían a mi madre completamente ilesa y la dejaron conmigo.

A pesar de las palabras anteriores de Wardell, el teniente Kelly intervino de nuevo:

—¿Dices que dejaron a tu madre contigo?

—Así es.

—No debe extrañarle eso, Kelly —explicó Wardell—. Ellos pensaron que una vez cometida la traición y después de dos muertes a causa de ella, la mejor manera de mantener sellados los labios de Carol era devolverle a su madre. Si no lo hacían se exponían a que la chica confesara por temor a ver muerta también a su madre. Sabiendo que tenía dos muertes sobre su conciencia, jamás se atrevería a contárnoslo todo.

—Ya.

—Eso fue lo que dijeron aquellos individuos —aprobó moviendo la cabeza Carol—. Incluso se burlaron de mi diciendo que ya podía obrar en la forma que me viniera en gana.

Pasándose la mano por el mentón, preguntó Wardell:

—¿Por qué no viniste entonces a decirlo todo, Carol? Se podrían haber salvado las vidas de Angie y Glenda.

La chica encogió los hombros.

—No pensé en ello, inspector. Todo mi odio, todos mis afanes, se centraron en vengarme de aquellos seres sin alma. Me dediqué con todas mis fuerzas a buscar la forma de hacerlo.

—¿Qué podías hacer tú contra una gentuza tan bien organizada?

—En primero lugar me preocupé de que mi madre quedara en un lugar seguro. La llevé en mi coche con una tía que tengo en Elmira, asegurándome en todo momento de que no era seguida por nadie. Una vez la dejé allí regresé a Filadelfia.

—¿Y luego?

—He dedicado todos estos días a perseguir a esa gentuza. Ha sido una tarea superior a mis fuerzas y tuve que consultar algunos archivos con la ayuda de un pretendiente y buen amigo de la policía de Nueva York. Pude llegar a conocer la identidad de los dos hombres que secuestraron a mi madre.

—¿Estás segura?

—Sí, inspector. Son Spring Pierson y Danny Dickinson.

—Esos dos hombres trabajan para Kevin Reed, inspector —informó innecesariamente el agente Jim Turner—. Son dos matones desprovistos de escrúpulos.

—Lo sé, Jim.

—Podríamos ir a buscarlos ahora mismo.

—No, Jim. Presumo que Carol tiene algo más que decirnos.

La chica movió la cabeza afirmativamente.

—En efecto, inspector —dijo Carol—. He tenido que hacer cosas inexplicables durante estos últimos días. He... tenido que rebajarme hasta unos extremos que jamás sospeché. Pero ha valido la pena porque conseguí mi propósito.

Wardell arqueó las cejas mirándola fijamente.

—¿Qué propósito, Carol?

—Sé que mi delito no tiene perdón, inspector, que he traicionado a unas compañeras que han pagado con su vida mi denigrante acto... —Guardó silencio Carol Greene unos segundos, y en seguida terminó—: Pero puedo darles los datos suficientes para que al fin puedan coger a Kevin Reed, inspector Wardell.

CAPÍTULO IX

Chris Cassidy quedó anonadado unos segundos.

Luego se inclinó junto a Carolyn Bolt. La muchacha continuaba con vida a pesar de que se le escapaba a raudales por la horrible herida del cuello. Nada se podía hacer por ella.

Le sujetó la cabeza entre sus manos y Carolyn quiso decirle algo. Sólo logró emitir unos sonidos extraños antes de que sufriera un estremecimiento y quedara completamente inmóvil.

La cabeza resbaló de las manos de Cassidy doblándose a un lado en el instante en que expiró.

No pudo precisar el tiempo que permaneció arrodillado a su lado.

Sintió que una mano se posaba en su hombro.

—Debes tener serenidad, Chris.

Giró la cabeza y contempló el rostro tenso de Sheila.

La mente de Chris era un hervidero. Comprendía que en aquel instante más que nunca, necesitaba conservar la calma y no permitir que el odio enturbiara sus pensamientos.

Se incorporó lentamente con una máscara inexpresiva en el rostro.

Paseó la mirada en derredor y comprobó que todas las habitantes de la granja se encontraban en el pasillo. Morton también había subido del piso inferior y estaba a su espalda. En todas las caras pudo leer una mezcla de temor y ansiedad.

Haciendo un ademán indicó la escalera.

—Deseo que bajen ustedes al salón —ordenó lacónico—. Y háganlo ahora mismo.

Las muchachas cambiaron una mirada entre sí y obedecieron sin rechistar la orden recibida. La mayor parte de ellas solo llevaban puesto el tenue camisón de dormir, dejando al descubierto gran parte de sus encantos femeninos.

Tres de las chicas, incluida Sheila, habían revestido el salto de cama sobre la breve prenda.

Morton quedó solo con Cassidy.

—Todo esto no tiene pies ni cabeza, Chris —resolló lívido—. ¿Qué diablos está ocurriendo?

—Busca algo para cubrir el cuerpo de esta desdichada, Israel —ordenó Cassidy sin responderle.

—Sí, Chris.

—Luego registra las habitaciones y aunque supongo que será una pérdida de tiempo, trata de hallar el cuchillo utilizado, o posibles huellas de sangre.

—De acuerdo.

—Cuando termines te reúnes conmigo abajo. Puedo necesitar tu colaboración para descubrir a la culpable.

El joven descendió a la planta baja y al llegar al salón escrutó atentamente los demudados semblantes de las reunidas.

—Entre ustedes se encuentra una criminal despiadada y prometo que no pasará mucho tiempo sin que la descubra —masculló torvo—. Una maldita arpía a la que hay que eliminar sin miramientos.

Ni siquiera reparó en que alguna mostraba una importante parte de su juvenil cuerpo con sus breves atuendos. Sin perder ni un solo segundo continuó:

—¿Bolt compartía habitación con alguna de ustedes después de la muerte de Lancaster?

—Todas las habitaciones estaban completas —explicó la señora Granger—. Carolyn tuvo que seguir en la misma.

—Eso fue un error, señora Granger —reprendió con dureza Chris—. No debió consentirlo.

—A ella no le importó, y no pude imaginar que...

—Está bien —atajó Cassidy con un brusco ademán. Luego señaló a Loretta, Wanda, y Claudia, con el índice extendido—. Ustedes tres ocupen éste lugar frente a mí.

Las tres muchachas obedecieron extrañadas por la petición y ocuparon el diván que les indicaba Cassidy. El joven paseó ante ellas y de pronto se detuvo encarándolas.

—Ustedes tienen la clave de todo el enigma —dijo sin rodeos—. He pensado largamente en ello.

Loretta Harding fue la primera en reaccionar.

—No comprendo adonde quiere ir a parar, Cassidy.

—Lo sabrá en seguida, Harding. Quiero que piensen detenidamente en todo lo que sucedió anoche.

Claudia Rossi preguntó:

—¿Cuándo mataron a Rhea?

—Exacto.

—¿Sobre qué hemos de meditar, Cassidy?

—Cuando Lancaster fue asesinada, ustedes tres jugaban a los naipes en compañía de Bolt, ¿cierto?

—Ya dijimos que no teníamos sueño y decidimos pasar el tiempo

—dijo la pequeña Wanda Larson—. ¿Es ése suficiente delito para considerarnos sospechosas?

—No he dicho que sea un delito jugar a los naipes, Larson. Sólo digo que durante aquella partida ocurrió algo que puede conducirnos a la asesina.

Chris dejó pasar unos instantes y a continuación informó:

—Morton está buscando en las habitaciones el arma del crimen, o cualquier cosa que delate a la culpable.

Observó atentamente a las tres, pero ninguna de ellas llegó a mover ni un músculo de la cara. Continuaron mirándolo fijamente sin alterarse en absoluto.

Cassidy caminó parsimonioso ante las tres.

—No creo que encuentre nada comprometedor, pero estimo que tampoco hará mucha falta —dijo como si hablara consigo mismo—. Veamos; dando por buenas las coartadas de Carson, Young, Farrell, y Lawce, sólo quedan ustedes tres como presuntas culpables.

—¿Por qué las descarta a ellas y no a nosotras? —quiso saber Loretta Harding.

Cassidy no le prestó atención. Sin mirarla siquiera, siguió diciendo como si estuviese pensando en voz alta:

—Al morir también Bolt, es evidente que la muerte de ambas se encuentran unidas en algún punto que desconocemos por ahora. Posiblemente; yo diría que con toda seguridad, Bolt encontró ese punto de unión y eso le costó la vida. Cometió el error de interrogar a la asesina antes de hablar conmigo y para ella resultó fatal. No quiero que vuelva a repetirse otra vez y por eso...

Bruscamente, Cassidy se giró a las tres muchachas y preguntó tratando de cogerlas por sorpresa:

—¿Cuál de ustedes tres se ausentó anoche de la partida entre diez y diez y media?

Las tres chicas respingaron sobresaltadas.

Después de unos segundos, Loretta Harding fue a replicar de forma airada intentando ponerse en pie.

En cambio, Wanda Larson se había quedado alelada mirando a la italonorteamericana.

Fue Claudia Rossi la que se le incorporó protestando:

—¡Oiga, Cassidy...!

Aquello resultó sólo un pretexto para introducir la mano en el bolsillo del salto de cama y extraer con rapidez una diminuta pistola con la que apuntó a Chris.

—Es usted un tipo listo, ¿eh, Cassidy?

El joven asintió dejando escapar un suspiro.

—Y usted una estúpida si llegó a creer que sus crímenes quedarían en la impunidad, Rossi.

Claudia Rossi movió la mano sonriendo.

—Reconozco que esta pistola es casi de juguete, Cassidy. Pero a la distancia que se encuentra, sus balitas son mortales.

CAPÍTULO X

Los tres hombres que se hallaban en compañía de Carol Greene tuvieron formas distintas de manifestar su sorpresa. Jim Turner dejó escapar un respingo. Hugh Kelly entornó los ojos mirándola con renovado interés. Wardell se limitó a formular una pregunta que contenía cierta dosis de incredulidad:

—¿Estás segura de lo que dices, Carol?

Carol Greene sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Puedo decirles dónde se encontrará Kevin Reed mañana por la noche. Y también que tendrá en su poder un importante alijo de drogas que recogerá personalmente.

—Kevin Reed no se arriesgará a hacerlo en persona, Carol —dudó el agente Jim Turner chasqueando la lengua—. Es demasiado listo para comprometerse.

—En esta ocasión no le queda otra alternativa.

Wardell arrugó el ceño.

—¿No?

—El yate *Aurora* se encuentra fondeado en la zona deportiva del puerto, después de haber remontado el Delaware procedente de un crucero de recreo por las Bahamas. Mañana por la noche se da una fiesta en él. Ignoro los medios de los que se ha valido Reed, pero les aseguro que se encontrará en la fiesta a bordo del yate.

—Un momento, Carol, un momento —solicitó Wardell haciendo un ademán con las manos—. ¿Quieres dar a entender que Reed sacará el paquete de droga del *Aurora*?

—Exacto, inspector.

—Escucha, Carol...

—Tiene que hacerlo personalmente —cortó la joven hablando con seguridad—. Ninguno de sus sicarios posee la suficiente categoría como para que lo inviten a la fiesta que se celebrará en el yate. Debe creerme, inspector.

Wardell se rascó dubitativo la barbilla.

Jim Turner comentó:

—Tu historia se hace difícil de creer, Carol.

El teniente Kelly los miró sin comprender.

—¿Qué tiene de extraño que la droga se encuentre a bordo de ese yate? —quiso saber—. ¿Tan increíble resulta?

—¡Qué va! —masculló Wardell—. ¿Sabes quién figura como propietario del *Aurora*?

—No.

—Pues nada menos que el prestigioso senador Tucker.

Carol lo miró fijamente.

—Yo no he dicho que el senador esté complicado en el contrabando, inspector —recordó—. Es el piloto de su yate el que recogió el paquete en las Bahamas y lo entregará a Reed antes de que éste abandone la embarcación.

Una pausa silenciosa gravitó sobre las cuatro personas.

La rompió Hugh Kelly comentando:

—Eso resulta más factible, ¿eh, inspector?

Wardell emitió un gruñido y sacudió la cabeza.

—¿Cómo has podido averiguar todo eso, Carol?

La chica inclinó la cabeza y su voz resultó casi un murmullo cuando pidió:

—No me obligues a decirlo, inspector, por favor... He tenido que humillarme hasta un punto en que...

Jim Turner volvió a insistir desde atrás:

—¿Cómo podemos saber que nos estás diciendo la verdad, Carol? Después de lo ocurrido...

Hugh Kelly lo miró duramente.

—Yo puedo ser un neófito en el contrabando de narcóticos, Turner. Pero conozco a las personas y esta chica no miente. ¿Es incapaz de leerlo en sus ojos?

—La tengo de espalda —replicó sarcástico Turner—. Además, Kelly, me han enseñado a no fiarme de las apariencias.

Kelly compuso un gesto reprobativo.

—Es usted demasiado joven para ser un escéptico, Turner.

—No soy un escéptico, teniente Kelly —rebatía Jim Turner—. Soy nada más que un agente de la Brigada de Represión de Narcóticos. Y aquí nos enseñan que...

—Basta los dos —cortó seco Wardell—. No creo que sea el momento oportuno para una discusión.

—Perdone, inspector —gruñó Turner.

Kelly no dijo nada.

Entretanto, el inspector jefe Kent Wardell puso una de sus manos en el hombro de Carol.

—Puedes comprender que tengamos recelos contigo, ¿verdad, Carol? —dijo en tono casi paternal—. Cuatro de tus compañeras han muerto delatadas por ti.

Carol Greene asintió apretando los labios.

—Sin embargo, me inclino a pensar lo mismo que el teniente Kelly —prosiguió Wardell—. Estoy seguro de que dices la verdad. Es tu forma de pagar el mal que has causado, ¿verdad, Carol?

La chica levantó la cabeza hacia el inspector. Con los ojos inusitadamente brillantes, aseguró:

—Sé que no puedo devolver la vida a mis compañeras, inspector. El tiempo que me quede de vida será un infierno insoportable, se lo aseguro. He querido que esos canallas no puedan seguir haciendo esas cosas a otra muchacha como yo. Por eso, sólo por eso, me he sacrificado para averiguar todo cuanto les he dicho.

—¿Insistes en no querer decirnos el conducto, Carol?

—Por favor, inspector... Tendría que delatar a una persona que no es del todo mala. Y que nada ha tenido que ver con los asesinatos de mis amigas.

Wardell compuso una mueca.

—Está bien, Carol, respetaré tu silencio.

—Gracias, inspector.

Jim Turner emitió un carraspeo antes de decir:

—¿Opina que Carol dice la verdad, señor?

—Sí, Jim.

—¿No encuentra raro que el propio Reed pueda comprometerse personalmente sacando el alijo del yate?

Wardell encogió los anchos hombros.

—Precisamente en la audacia que esa acción significa, puede radicar lo verosímil del asunto. El senador Tucker es demasiado prestigioso como para pensar que se utiliza su yate para el contrabando de estupefacientes.

—No obstante, tienen muchas formas de apoderarse del paquete

sin que Reed tenga que intervenir personalmente, señor.

—Desde luego, Jim. Pero nunca puede desecharse una posibilidad. Desconocemos las condiciones impuestas por el piloto del *Aurora*. Quizá se niegue a tratar con intermediarios. Es posible que el ser piloto del yate del senador le haga sentirse seguro.

Turner acabó cabeceando.

—Puede ser, señor.

—¿Qué se puede perder con tender una red en torno a la embarcación? —intervino el teniente Kelly—. ¿Qué luego resulte inútil y pasemos unas horas en blanco?

Wardell se masajeó el mentón.

—Tenderemos esa red, Kelly.

Después se giró nuevamente a Carol Greene y dijo con entonación entristecida:

—Espero que te hagas cargo si ordeno que seas encerrada, Carol. Tengo que cumplir con mi deber.

—Sí, inspector —musitó ella.

—Cuando llegue el momento intercederé por ti cuánto me sea posible.

—No puedo tener perdón por mi delito, inspector —respondió débilmente Carol—. Es demasiado monstruoso.

—Deja que sean otros los que lo decidan, muchacha. Ahora procura no pensar más en ello. Cuando se llega al estado en que te encuentras no se consigue nada por seguir atormentándose.

Wardell hizo una seña a Turner y éste se aproximó a la chica sujetándola suavemente del brazo.

—¿Vamos, Carol?

Carol Greene se incorporó haciendo un esfuerzo y después de mirar intensamente al inspector Wardell, se fue con Turner abatido el cadavérico semblante.

Al quedar solos, comentó apenado Kelly:

—Esa muchacha lleva un infierno dentro de ella, inspector.

—Me he dado cuenta de ello, Kelly —resolló colérico Wardell—. Cuando veo los procedimientos que emplea esa gentuza... Con gusto me convertiría en el ejecutor de Kevin Reed, como dijo Turner.

—Pero nos está vedado —encogió los hombros el teniente Kelly—. Como dijo usted hace unos minutos; no somos pistoleros de la

ley.

Wardell fue hasta la mesa y extrajo un cigarrillo poniéndoselo en los labios. Le prendió fuego en la llama que tenía Kelly y aspiró con fuerza el humo.

—Son como ratas indignas de vivir, Kelly.

El teniente de Sacramento asintió silencioso.

Minutos después reapareció el agente Jim Turner en la puerta y avanzó hacia su superior.

—¿En realidad da crédito a la confesión de Carol, señor?

—Sí, Jim.

—En ese caso esperaremos a Kevin Reed cuando abandone el *Aurora*, ¿no?

—En efecto, Jim. —Wardell hizo una pausa y a continuación añadió—: Mañana te llegarás a la granja de Reading en el helicóptero y te traes a Cassidy. No nos perdonaría que lo dejásemos al margen en el momento de atrapar a Reed.

—Sí, inspector.

CAPÍTULO XI

Chris Cassidy denegó riendo áspero.

—No tengo por qué intentar heroicidades, Rossi. De todas maneras no logrará escapar.

Claudia Rossi se desplazó hacia uno de los ángulos, desde donde podía cubrirlos a todos. Una vez allí hizo una mueca desafiante dirigida a Cassidy, al tiempo que retaba:

—¿Qué se juega?

—No me juego nada, Rossi —respondió tranquilamente el joven—. Comprobará por sí misma que no tiene escapatoria.

—Se cree muy listo, ¿eh?

Chris alzó los hombros displicente.

—Lo justo para sacar conclusiones, Rossi. Por ejemplo; puedo decirle por qué asesinó a Carolyn Bolt.

—¿A quién le importa eso?

—A usted más que a nadie, ya que tendrá que pagar por ello. Y también por el crimen de Rhea Lancaster.

Claudia entornó los párpados.

—¿Trata de ganar tiempo, Cassidy?

—No me hace ninguna falta.

—Está bien —cabeceó la italonorteamericana—. Tenemos varias horas por delante, ya que saldré de aquí cuando amanezca. ¿Se imagina a quién me llevaré como salvoconducto, Cassidy?

—Me llevarás contigo, ¿no? —dijo Chris tuteándola por vez primera y poniendo un profundo desprecio en su tono de voz—. ¿Crees que así se te abrirán las puertas?

—¡Vaya! —rió burlona Claudia—. Veo que ya hemos dejado el tratamiento, profesor.

—Eres demasiado rastrera para recibir tratamientos, Rossi. Eso queda para las señoras y tú no llegas ni a ramera.

Claudia Rossi apretó los dientes palideciendo.

—No trates de hacerte el héroe, Cassidy —advirtió silabeante—. Lo mismo me da llevarte de rehén a ti, que a una de estas idiotas que se creen con derecho a arreglar el mundo.

—Al menos no se venden por dinero como una pécora cualquiera.

Claudia Rossi sonrió exultante, y dueña de sus nervios, pasados los primeros momentos.

—No conseguirás exasperarme si ése es tu propósito, Cassidy. Tus insultos resbalan sobre mi piel como el agua cuando me meto en la ducha. Y lo único que puedes obtener es uno de estos pequeños plomitos en cierta parte. Podría serte muy doloroso, ¿no?

Sheila Carson intervino llena de rabia:

—Eres una mala pécora, Claudia.

—Ya salió la hembra en defensa del macho —comentó riente la italonorteamericana—. No sientas preocupación, Sheila. Trataré de no meterle el plomito donde dije..., siempre que él colabore, claro.

Loretta Harding también terció mirando con infinito odio a la asesina compañera:

—¿Por qué tuviste que hacerlo, Claudia? No puedo comprender que una mujer como tú...

—No seas imbécil, Loretta —barbotó despectiva Claudia—. Lo hice por lo mismo que lo hubieras hecho tú, o cualquiera de vosotras, en caso de recibir mi oferta.

—¿Cuánto te prometieron por esto, Rossi? —inquirió Cassidy—. Porque me temo que hiciste un mal negocio.

—Trescientos mil dólares es un gran negocio, Cassidy —replicó Claudia Rossi brillantes súbitamente los ojos—. Y todo el apoyo necesario en el caso de caer en vuestras manos.

Chris la miró fijo a los ojos.

—Pero en el trato no entraba el tener que asesinar, Rossi. ¿O acaso me equivoco?

La mujer arqueó las cejas levemente sorprendida.

—Eres un tipo listo, profesor.

—Acerté a la primera, ¿eh? —comentó irónico Cassidy—. Reed no te dio orden de matar.

—En efecto, Cassidy; Kevin Reed no me dio orden de matar a nadie. Y te sugiero que dejes de hacer preguntas para hacerme caer en una trampa. Soy más lista que tú.

—Ya has caído en ella, Rossi.

—¿Sí?

—Yo mencioné el apellido de tu amo. Fuiste tú la que dijo el nombre. Se supone que ninguna de vosotras conoce a Kevin Reed, y sobre todo sus actividades secretas.

Los ojos de Claudia relampaguearon de furia.

—¿Y de qué te servirá el saber quién me contrató?

—A mí nada. No soy yo el que te tiene que juzgar.

—Nadie me juzgará, Cassidy —aseguró la chica con cierta agitación en la voz—. Por la mañana, cuando abandone este lugar, me proporcionarán un refugio seguro. Jamás conseguiréis ponerme la mano encima por mucho que lo deseéis.

—Tú eres una pieza pequeña de caza, Rossi. Nosotros andamos detrás de la pieza mayor.

Claudia soltó una carcajada.

—A él nunca lograréis atraparlo, Cassidy. Os da sopitas con sonda a todos vosotros.

El joven se pasó la mano por la nuca.

—Si tan segura estás de escapar y de la protección de Kevin Reed, ¿por qué no me sacas de una duda?

Claudia siguió en tono burlón:

—No me digas que queda una duda en tu sabio cerebro, profesor. No me lo puedo creer.

—Es la única, Rossi.

—¿Y cuál es?

—Kevin Reed te introdujo aquí con el solo objeto de que lo informaras sobre la identidad de las restantes chicas, al concluir la preparación. Te sobornó con trescientos mil dólares que probablemente jamás llegarías a cobrar, con el único propósito de que le facilitarás una lista de nombres después de permanecer tres meses encerrada con nosotros. ¿Voy bien?

—Sigue, profesor.

—Sin embargo, hay algo que no cuadra en todo el tinglado. Si tu única misión consistía en informar, ¿por qué tuviste que asesinar a Rhea Lancaster?

Claudia Rossi se regocijó plasmando en su moreno semblante una mueca desdeñosa.

—Es la pieza del rompecabezas que te falta, ¿verdad, Cassidy?

—En efecto. Conozco el motivo de la muerte de Carolyn.

—Pero nunca averiguarás el que tuve para matar a Rhea.

—Sospecho que acabarás diciéndomelo, Rossi:

—Pues te equivocas, Cassidy. Vas a tener que romperte los sesos haciendo conjeturas.

Ahora fue Chris el que se burló:

—Eso demuestra la poca seguridad que tienes en ti misma, y en tus protectores.

Claudia volvió a crisar el rostro de ira.

—Me consta que no podréis cogerme.

—Entonces, ¿a qué ese temor?

La chica rió de forma nerviosa ante la seguridad que emanaba de Cassidy en todo momento.

—¿Quién siente temor, Cassidy?

—Tú, Rossi. Ya empiezas a dudar de salir de aquí.

Después de un breve silencio, asintió la italonorteamericana.

—De acuerdo, Cassidy; he cambiado de opinión. Para que veas que no tengo el menor temor, voy a decirte por qué tuve que matar a Rhea.

Chris la miró sin pestañear.

—Adelante, Rossi.

—Rhea fue una estúpida y como todas las personas estúpidas, cometió su idiotez —explicó Claudia Rossi—. Las dos procedemos de Nueva York, del mismo barrio y de la misma calle. Puede decirse que casi nos criamos juntas. Ella siempre fue la chica seria y juiciosa. A mí en cambio me gustaba la vida fácil y alegre. Ingresé en la policía por consejo de ella aunque le constaba que jamás conseguiría ser una buena agente. En realidad lo hizo accediendo a una petición de mi padre, que también opinaba que acabaría mal. Al llegar aquí fingimos no conocernos a propuesta de ella misma.

—¿Te dio alguna razón?

—Dijo simplemente que lo estimaba oportuno.

—Bien. Continúa.

—Sin dar órdenes, profesor —replicó Claudia moviendo la pistolita—. Soy yo quien tiene la sartén por el mango.

—De acuerdo, Rossi —suspiró Chris—. ¿Te apetece continuar ahora, o prefieres que te prepare un trago antes?

—No sería mala idea, Cassidy —aprobó riendo ella—. Aunque

será mejor que lo dejes. Puedo adivinar tu intención de arrojarme la bebida a los ojos y tendría que matarte.

—Desde luego, Rossi, Por favor... ¿quieres seguir?

—Eso está mucho mejor —tornó a reír Claudia—. Ya queda poco por contar. El día anterior a mi ingreso aquí, recibí cincuenta mil dólares a cuenta de mi trabajo. Alquilé una caja de seguridad en un Banco y guardé en ella el dinero. Luego fui a casa y oculté la llave. Tuve la mala suerte de que mi padre, que es un avaro egoísta, me viese hacerlo. Me despedí de él con intención de no volver en una larga temporada. Deseaba divertirme antes de encerrarme en este asqueroso lugar. Apenas hube salido, el viejo encontró la llave y el resguardo. Al día siguiente fue Rhea a despedirse y el maldito viejo tuve que enseñarle ambas cosas. De esa forma supo ella la cantidad de dinero que poseo en la caja.

Cassidy compuso una sonrisa.

—Y Rhea sacó sus propias conclusiones, ¿eh?

—Fue una idiota entrometida —barbotó Claudia—. Cuando me dirigía al salón donde ya me aguardaban las otras tres para jugar a los naipes, me salió al paso y quiso interrogarme a fondo. Yo me negué a escucharla y ella me amenazó con ponerlo en tu conocimiento si al día siguiente no le daba una explicación satisfactoria.

—Y tú optaste por quitarla de la circulación, ¿no?

—Ella se lo buscó por entrometida.

—Yo diría que por ser honrada, Rossi. Una cosa que jamás conseguirás saber lo que es.

Claudia, desdeñosa, torció los labios.

—El ser honrada le costó la vida. No tuve otra alternativa que enmudecerla para siempre. No hubiera aceptado ninguna explicación respecto al dinero. En realidad sentía una envidia extraordinaria hacia mí. Siempre le birlé los novios y...

—Basta, Rossi —la cortó frío Cassidy—. No conseguirás engañar a nadie con tus palabras.

—Escucha, tío listo...

—Escucha tú, pécora. No hace falta que continúes hablando porque lo sucedido con Carolyn es fácil de imaginar. Ella fue la primera en darse cuenta de que abandonaste la partida entre diez y diez y media. La pobre cometió el error de no decírmelo en seguida.

—Eso es verdad, Chris —informó Loretta Harding llamándolo por su nombre sin darse cuenta—. Dijo que iba al lavabo y tardó unos diez minutos en volver.

—Justo el tiempo de matar a Rhea.

Claudia los miró a ambos con un brillo festivo en las pupilas.

—Te has equivocado respecto a Carolyn, Cassidy.

—No lo creo.

—Ella bajaba a comunicártelo tan pronto como se le vino a la mente. Lo que pasó es que yo estaba al acecho y no le di tiempo de llegar hasta ti. Ya ves que las cosas se complican a veces.

—Sobre todo se han complicado para ti.

Claudia Rossi entornó los ojos recelosa.

—Cualquiera diría que el que tiene la pistola eres tú.

—No me hace falta tenerla, Rossi —anunció Chris haciendo un ademán—. Morton te encañona desde lo alto de la escalera con su revólver. A la distancia que se encuentra, ni siquiera podrás...

Claudia picó en el anzuelo y giró la cabeza.

Fue el momento que aprovechó Cassidy para lanzarse en zambullida contra las piernas de la peligrosa hembra.

Sintió Chris el silbido del pequeño proyectil sobre su cabeza y décimas de segundo después tomaba contacto con las piernas de Claudia arrastrándola al suelo.

Durante unos segundos, la morena se debatió intentando disparar de nuevo a quemarropa.

No le quedó al joven otra alternativa que aplicarle un derechazo en el pómulo, dejándola desmadejada en el suelo. Quitándole la diminuta pistola de la mano, se incorporó.

Morton comenzó entonces a descender del piso alto sin llevar arma alguna en las manos.

En eso se escuchó el aleteo de un helicóptero en el exterior.

Un helicóptero que trasladaría a Chris Cassidy a Filadelfia, para proceder a la tan ansiada captura del cerebro de los contrabandistas de estupefacientes en aquel sector de la costa atlántica.

CAPÍTULO XII

La fiesta en el *Aurora* se hallaba en todo su apogeo. La cubierta, con luces tamizadas, albergaba a unas veinte o treinta personas que bailaban, o por lo menos se movían, al ritmo de una música suave, carente de estridencias.

Meditó Cassidy desde su observatorio que la mitad de los asistentes a la fiesta en el yate pertenecían al sexo femenino. Y los varones que llevaban a las chicas entre sus brazos, podían ser sus padres en la mayoría de los casos.

—Es una porquería —masculló entre dientes.

—Así es la vida, hermano —comentó Hugh Kelly agazapado junto a él—. El que sirve, sirve, y el que no, para la policía.

—Y lo mismo no tenemos que pasar aquí toda la noche.

—Puedes estar seguro de ello. Esa gente no se retira hasta que los sorprenda las luces del alba, Cassidy. No puedes hacerte una idea de la bárbara resistencia de esos viejales, cuando se trata de andar tras las chicas.

Chris Cassidy compuso una mueca.

—No obstante, Reed tiene que irse antes.

—Esperémoslo.

Kent Wardell lo había planeado todo con gran lujo de detalles. Como si se tratara de una operación de comandos en territorio enemigo. Sus hombres se encontraban distribuidos por todo sin dejar un resquicio por donde pudiera escapar Kevin Reed tan pronto abandonase la embarcación.

Por parejas, los agentes de Wardell ocupaban una vasta extensión en la superficie del puerto deportivo. Les servían de escondite los bidones de combustible, algunos fardos estibados cerca de los amarraderos, varias cajas de alimentos apiladas, las naves a modo de pequeños recintos donde los propietarios de yates guardaban los trastos inservibles... Cualquier lugar era bueno como

refugio.

A pesar de que en las cercanías del *Aurora* había no menos de treinta agentes, el silencio era total en el puerto y no se advertía en absoluto su presencia.

Chris Cassidy y el teniente Kelly, se agazapaban tras dos grandes bidones de gasoil. Después de otra larga hora de espera, gruñó en tono quedo Kelly:

—¿Cuándo infiernos saldrá? Serán más de las dos y media de la madrugada, ¿no?

—Las dos cuarenta y tres, Kelly.

—¿Y a qué demonios espera? Al parecer va decreciendo el interés de la fiesta. Seguro que cada tipo de éstos está buscando un rincón apartado para solazarse con su pareja.

—Debe de ser lo que aguarda Reed. Quiere asegurarse de que pasará inadvertido.

En aquel instante se escuchó el suave ronroneo de un automóvil que se aproximaba con los faros apagados.

A unos diez metros del lugar que ocupaban Cassidy y Kelly, quedó estacionado un sedán oscuro. Resultaba imposible distinguir a las personas que se encontraban en el interior del vehículo.

Bajando aún más el tono de voz, informó Cassidy:

—Ahí tenemos a sus secuaces.

—¿Spring Pierson y Dickinson?

—Casi seguro. Son sus dos esbirros de confianza. También es posible que haya alguno más con ellos.

Después de una breve pausa, sugirió Kelly, siempre quedo:

—Entonces Reed debe de estar a punto de salir.

—Eso espero. Empiezo a creer que Carol no mintió...

—De eso estaba yo seguro. Esa pobre chica ha tenido que sufrir vejaciones inconfesables.

Cassidy apretó los maxilares sin responder.

Observó que una de las portezuelas del coche se abría y un tipo fornido descendía de él. Sin adoptar ninguna precaución, ya que todo aparecía silencioso y aparentemente solitario a su alrededor, al fulano se puso un cigarrillo en los labios y encendió un fósforo.

La débil llamita iluminó unos instantes su rostro.

—Spring Pierson —musitó Cassidy.

El sujeto aplicó la llama a la punta del cigarrillo con ademanes

indolentes y antes de apagarlo, paseó el fósforo dos veces de izquierda a derecha.

Los dientes de Cassidy brillaron en la penumbra.

—Ha dado la contraseña de que todo está en calma.

—No sospechan lo que se les vendrá encima.

Minutos después, por la pasarela del yate comenzó a bajar un individuo de mediana estatura, elegantemente vestido. Las luces de la embarcación daban de lleno en su figura. Sobre todo una de mayor potencia situada a la entrada de cubierta.

—Ahí tenemos a nuestro hombre.

Kevin Reed bajó confiado y Cassidy pudo observar que bajo el brazo derecho portaba un paquete rectangular no mayor que una caja de cigarros. Codeó suavemente a Kelly y dejó escapar una risita lobuna.

—Preparado, Kelly.

El teniente de Sacramento extrajo su pistola de la funda sobaquera, imitando a Cassidy que ya la sostenía en la diestra sin dejar de vigilar ni un solo instante a Reed.

Spring Pierson se aproximó a su jefe cuando éste se acercó al automóvil y, le sonrió servil:

—¿Todo ha ido bien, jefe?

—Tal como se planeó, Spring. Supongo que sólo te acompañé hasta aquí Danny, ¿no?

—Ésas fueron sus órdenes, jefe —asintió Pierson— aguarda al volante del coche.

Fue en aquel instante cuando ambos hombres se vieron sorprendidos y al mismo tiempo cegados, por varios focos que convergían sobre ellos con potente luminosidad.

Durante décimas de segundo quedaron petrificados.

Cassidy y Kelly escucharon el vozarrón de Kent Wardell:

—¡No se mueva, Reed! Es inútil cualquier resistencia puesto que están rodeados.

Spring Pierson reaccionó con insospechada velocidad.

En cuestión de décimas de segundo tuvo una pistola en la mano y comenzó a disparar en todas direcciones.

Danny Dickinson también actuó con inusitada rapidez al volante del coche. Lo puso en marcha y pisó a fondo el acelerador. El sedán embistió rugiendo enloquecido contra el lugar donde se

condensaban la mayoría de los focos.

La confusión que originó fue descomunal.

Kevin Reed aprovechó la ocasión para deslizarse con increíble agilidad hacia las zonas en tinieblas. Momentáneamente consiguió burlar a sus perseguidores.

Entretanto, los agentes de Wardell respondieron al fuego de Pierson y el forajido comenzó a bailar una Frenética danza alcanzado por una lluvia de balas que se abatió sobre él. No obstante, siguió apretando el gatillo, aunque ya de una forma desordenada, en mortales crispaciones sin control.

Finalmente, un proyectil le atravesó el corazón y Pierson se desplomó con todo el cuerpo ensangrentado.

Kevin Reed caminaba aceleradamente adosado a una pared de las naves.

Cassidy se había desentendido desde el principio de Pierson y fue tras el jefe de los contrabandistas.

Vio cómo Reed se introducía en uno de los locales. Y el criminal tuvo la suerte de cara una vez más. Se trataba de uno de los pocos que no se hallaban vigiados.

Danny Dickinson logró su propósito de desconcertar a los agentes de la ley con su audacia y después de rodar unos segundos a velocidad vertiginosa, saltó del coche y huyó a la carrera.

Wardell se lo indicó a Turner.

—¡Qué no escape, Jim!

La orden era innecesaria, puesto que Jim Turner ya se estaba lanzando en su persecución.

En el *Aurora* comenzaron a escucharse gritos despavoridos de terror, y Wardell imprecó una maldición entre dientes. Al concluir todo aquello, tendría que dar una explicación satisfactoria al senador Tucker. Sólo esperaba que éste la aceptara.

Chris Cassidy tenía el rostro transfigurado de odio cuando se dirigió resuelto hacia la puerta por la que desapareciera segundos antes Kevin Reed.

Por su mente desfilaban las juveniles figuras de Susan..., Kitty..., Angie..., Glenda..., Rhea..., Carolyn..., Carol... Seis chicas cuyas vidas habían sido segadas por el miserable que ahora intentaba escabullirse. Y otra mujer con la vida destrozada en plena juventud.

No. Kevin Reed no tenía derecho a seguir viviendo.

Llegó junto a la entrada y sin dudarle ni un solo instante se introdujo en el interior de la nave arrojándose en veloz zambullida.

Crepitó un disparo y Chris sintió el proyectil pasarle lamiéndole la sien izquierda, arrancando un chasquido metálico al estrellarse posteriormente en la plancha de la puerta.

De bruces en el suelo trató de situar a su enemigo sin responder al disparo de éste.

El silencio y la oscuridad los envolvía por completo.

Chris aguardó hasta que sus pupilas se habituaron a la penumbra, ya que el rectángulo de luz que penetraba por la puerta, comenzó pronto a convertir las tinieblas en suave tenuidad.

Observó los contornos de unos sacos estibados en un rincón del local y sospechó que Reed se hallaba oculto allí.

Tanteó hasta encontrar un objeto que no pudo identificar y lo arrojó a unos metros de él.

Y en efecto; un nuevo disparo partió de detrás del montón de sacos.

Chris Cassidy se dispuso a iniciar la caza.

CAPÍTULO XIII

Jim Turner imprimió a sus piernas toda la velocidad que fue capaz de desarrollar. En el brazo derecho sostenía una corta metralleta de culata con pletinas, que le estorbaba en parte para conseguir una mayor celeridad.

Vio que Dickinson giraba a la izquierda al final de la pared de las naves, en un ángulo recto que formaba en aquel lugar el embarcadero. Marchaba a unos veinte metros por delante de él y Turner dudó brevemente en el camino a seguir.

Dickinson sólo contaba con dos posibilidades de escapar.

La primera consistía en lanzarse al agua y nadar alejándose amparado en las sombras. La desechó Jim en el acto ya que Danny Dickinson no podía saber si aquella escapatoria se hallaba cubierta. Una vez en el agua le resultaría casi imposible huir.

En la segunda posibilidad de escape tenía forzosamente que seguir corriendo en dirección a la salida del puerto y cruzar una gran explanada descubierta, en diagonal a la posición donde se encontraba en aquellos momentos.

Si optaba por la segunda escapatoria, Turner disponía de una forma de salirle al encuentro.

Todo esto pasó por su mente en cuestión de segundos.

Se introdujo rápidamente en la nave más cercana y la cruzó a grandes zancadas en dirección a una de las ventanas del fondo del local. Consiguió abrirla sin dificultad y encaramándose en la base se dejó caer al otro lado.

El alumbrado, procedente de la avenida cercana y paralela al puerto deportivo, le permitía ver con suficiente claridad los contornos. No pudo descubrir a Dickinson por parte alguna.

Por un momento temió que el bandido se hubiese tirado al agua.

Pero de pronto lo vio doblar la esquina corriendo como un gamo en frenético intento de alcanzar la salida del recinto.

Los labios de Turner se crisparon en sardónica y cruel sonrisa, mientras apoyaba una rodilla en tierra y clavaba la culata de su metralleta a un lado del abdomen.

Para llegar a la salida, Dickinson tenía que pasar en un punto a unos ocho o nueve metros de donde se encontraba Turner. El agente aguardó pacientemente dejándolo correr desahogado.

Deseaba hacerle creer que podía escapar.

Le hubiese bastado con ametrallarle las piernas saliéndole al encuentro para detener su huida. Pero ni por un instante pensó en llevar a cabo aquello.

Cuando Dickinson lo rebasó cerca ya de la salida, llamó Turner:

—¡Eh, Danny!

El forajido se revolvió como si el aguijonazo de una avispa se le hubiera clavado de repente en el cuello. Boqueó ansioso tratando de situar a Turner.

Con pésimas intenciones, informó Jim Turner:

—Estoy aquí, Danny.

Danny no lo pensó dos veces y abrió fuego contra él.

Era lo que estaba deseando Turner.

Sin ninguna misericordia, con una sonrisa despiadada plasmada en sus facciones, oprimió el gatillo de la metralleta enviando una rociada de balas al sujeto.

Dickinson dio la impresión falsa de pretender seguir el tableteo de la metralleta, con unos grotescos pasos de danza. A cada impacto que se incrustaba en su cuerpo sufría una tétrica convulsión.

Cayó de rodillas con el pecho ensangrentado y los balazos de Turner siguieron persiguiéndolo hasta que llegó al suelo, donde quedó de bruces como un pelele.

Jim Turner permaneció unos segundos inmóvil, con el rostro inexpresivo.

Después se incorporó lentamente y caminó con la metralleta colgando a un lado del cuerpo hasta llegar junto al cadáver. Se quedó allí contemplándolo con el rostro lívido.

De repente lo embargaron unas profundas náuseas y tuvo que hacer un esfuerzo violento por contener los deseos de vomitar. Como si pudiese echar por la boca los instintos inhumanos que lo habían dominado durante unos minutos.

Aunque Danny Dickinson hubiera sido peor que una víbora

mientras vivió, él se había puesto a su altura actuando en la manera que lo hizo. Ya no sintió odio hacia el destrozado cadáver que tenía delante.

Sólo una infinita pena por él mismo.

Cuando Kent Wardell llegó a su lado acompañado de otros agentes, Turner murmuró con dificultad:

—Le di el alto y respondió disparándome, señor.

Wardell lo miró atentamente y acabó sacudiendo la cabeza al tiempo que posaba una mano en su hombro.

—Desde luego, Jim, desde luego.

Chris Cassidy se arrastró sigilosamente sin perder de vista los sacos estibados del rincón.

No produjo ni el menor leve roce en su lento avance. Sin embargo, un nuevo estampido crepitó en el local y un cárdeno fogonazo rasgó la penumbra. Sintió que el balazo se incrustaba en un lugar a gran distancia de él.

Aquello denotaba que un creciente nerviosismo se apoderaba de Kevin Reed, hasta el punto de hacerlo disparar a ciegas. Quizá en su tortuosa mente iba penetrando la idea de que jamás lograría salir airoosamente del local.

Cassidy prosiguió avanzando por el suelo.

Su propósito era rodear el montón de sacos y sorprender a Kevin Reed por el costado derecho. Tenía la seguridad de poder hacerlo sin necesidad de precipitarse.

A sus oídos llegó el tableteo inconfundible de una metralleta y aprovechó la ocasión para avanzar con mayor celeridad.

De detrás de los sacos surgió un nuevo disparo.

Cassidy rió silencioso protegido por las sombras.

Por el efecto óptico de la habituación, la claridad parecía aumentar paulatinamente en el interior de la nave. Desde el sitio en que se encontraba Chris, casi se podía distinguir toda su amplitud.

En su avance, el joven llegó junto a una gruesa columna y se escudó en ella asomando precavidamente la cabeza. Miró en dirección a los sacos y descubrió a Kevin Reed de costado.

El jefe de los contrabandistas era un bulto agazapado que resollaba de forma entrecortada, tratando de descubrir a su enemigo por encima de su escondite. Se asomaba a intervalos y a pesar de que no podía verle el rostro Chris tuvo el convencimiento

de que una gran agitación lo dominaba por completo.

Escondiendo todo el cuerpo tras la columna, llamó quedo el joven:

—Kevin...

El tipo soltó un chiquillo de espanto y se puso a disparar como un poseso en la dirección que le vino la voz.

Cassidy sintió el golpetazo de los proyectiles estrellándose en el cemento de la gruesa columna.

A continuación sobrevino un silencio y avisó irónico el joven:

—Todavía sigo aquí, Kevin.

Dos nuevos disparos brotaron de los sacos y de pronto escuchó Chris el peculiar chasquido de un percutor picando en vacío. Soltando una siniestra risita, dijo:

—Se acabó el juego, Kevin. Te has quedado sin balas.

Kevin Reed se fue incorporando con desesperante lentitud hasta quedar erguido de cara a la columna. Dejó caer la inservible pistola a sus pies y dijo con voz temblorosa:

—Basta, Cassidy.

—Veo que me has reconocido, bastardo.

—Estoy desarmado y me rindo, Cassidy. Era eso lo que queráis que hiciese, ¿no?

Chris abandonó la columna y se apartó unos pasos de ella. Kevin Reed no pudo ver que su cara se convertía en una máscara pétrea. Sólo que su voz brotó glacial al denegar:

—No, Kevin, no es eso lo que quiero.

—No te comprendo... —murmuró el jefe de los contrabandistas, al que comenzó a encendérsele una lucecita en el cerebro—. Tengo la heroína aquí conmigo. La evidencia me condenará...

El tono de Cassidy siguió siendo helado:

—¿Qué puedes decirme de las siete chicas, Kevin?

El tipo se puso a temblar como un flan.

—Tú... no puedes hacer eso, Cassidy.

—¿El qué, Kevin?

—Estoy desarmado, Cassidy —comenzó a implorar Kevin Reed con los nervios rotos.

—Has disparado lo suficiente como para poder alegar defensa propia, Kevin. Si tuvieras aquí a uno de tus abogados podría decírtelo.

Reed movió la cabeza en sentido negativo.

—Me he entregado y tú eres un representante de la ley.

—¿Es eso lo que te interesa que sea, Kevin?

—Escucha, Cassidy, puedo pagarte...

Chris apretó el gatillo de su automática sin alterar ni un solo músculo del rostro.

Kevin Reed giró sobre sí mismo y de su garganta brotó un alarido de terror. La bala de Cassidy le había atravesado el hombro y se llevó allí la mano intentando contener la hemorragia.

—No eres un pistolero, Cassidy... —balbució atónito.

Un segundo balazo del joven le perforó el estómago.

Kevin Reed desorbitó los ojos y dio unos pasos vacilantes hacia la columna. Abrazándose a ella, sollozó:

—Cassidy..., yo...

Chris continuó apretando el disparador implacable.

A cada disparo que brotaba de la pistola, sus labios musitaban un nombre de mujer.

El último destrozó la cabeza de Kevin Reed.

El jefe de los contrabandistas quedó abrazado a la columna con el cuerpo en grotesca postura. Como un muñeco de trapo pisoteado por un animal furioso.

Transcurrieron lentos los segundos y de pronto advirtió Cassidy que alguien se hallaba a su lado.

La voz del teniente Kelly decía:

—Si se abriera una investigación, yo diría que actuaste en defensa propia, Cassidy.

Chris no dijo nada.

Asintió lentamente como única respuesta.

CAPÍTULO XIV

—Dos kilos de heroína se encontraron junto al cadáver de Kevin Reed —informó Wardell—. Un buen alijo si consideramos su pureza, pero una ínfima parte de los narcóticos que cada día se distribuyen por los Estados Unidos.

El teniente Kelly encogió los hombros.

—Se ha eliminado a un importante contrabandista, pero..., ¿cuánto tardará en aparecer otro que ocupe su lugar en esta zona?

—Posiblemente esté comenzando ya a operar en estos momentos. Sabemos que nuestra obligación es mantener una lucha constante con ellos —reconoció Wardell—. ¿Cuándo piensa regresar a Sacramento, Kelly?

—Dentro de tres o cuatro días.

—Has logrado aprender algo, Kelly.

El teniente movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Siempre existe algo que aprender en cuanto a métodos de represión. El tiempo que he pasado a vuestro lado ha resultado en definitiva una experiencia provechosa.

—Eso espero, Kelly —dijo Wardell.

Los tres hombres se encontraban en el despacho oficial del inspector jefe Kent Wardell. Después de las palabras de éste, se abrió un intervalo que acabó rompiendo Cassidy:

—¿Qué hay respecto al plan de adiestramiento de las chicas?

Wardell lo miró atentamente antes de responder.

—Quiero que me des ahora tu opinión del asunto, Chris.

Cassidy se rascó la patilla titubeante.

—Bueno..., reconozco que puede ser un buen plan. Si en principio fracasa, es debido a lo que ya conocemos.

—Exacto, Chris —aprobó dando una cabezada Wardell—. Nuestros jefes opinan lo mismo y tendrás que regresar a la granja para iniciar la preparación de las seis muchachas que quedan allí.

Claudia Rossi no representará peligro alguno, puesto que la mantendremos aislada antes y después del juicio. Además, esas muchachas sólo tendrán que infiltrarse en los ambientes adecuados y transmitir información. Si lo hacen en la forma que debes enseñarles, no pueden correr ningún peligro serio. Lástima que sólo dispongamos de seis muchachas.

Cassidy levantó la mirada hacia su jefe y amigo.

—Cinco, Kent.

—¿Cómo que cinco?

—Sheila Carson abandonará el cursillo.

—¿Estás seguro de ello?

—Creo que sí.

Wardell dio una firme cabezada.

—De acuerdo. Ella sabe que tendrá que permanecer encerrada por tiempo indefinido en...

Chris Cassidy denegó despacio.

—No hará falta, Kent.

—Tú sabes que debe ser así, Chris. No podemos correr riesgo alguno.

Tranquilamente, mirando sonriente a su jefe, anunció Chris.

—Sheila Carson se convertirá en la señora Cassidy, Kent. Lo he decidido. No podrá representar peligro alguno para sus compañeras, puesto que la mantendré vigilada las veinticuatro horas del día. La única pena es que tengamos que pasar la luna de miel encerrados en aquella vieja casona de Reading.

Kent Wardell: no dijo nada de momento. Luego rió ampliamente.

—Con que al fin te han cazado, ¿eh?

En aquel instante se abrió la puerta del despacho después de unos breves golpecitos en ella, y penetró el agente Jim Turner. Traía el rostro demudado y avanzó anunciando:

—Ha ocurrido una desgracia, señor.

Wardell arrugó el ceño.

—¿De qué se trata, Jim?

—Carol Greene se ha suicidado en la celda donde la teníamos custodiada, inspector Al parecer tragó una cápsula conteniendo alguna substancia venosa que debía llevar consigo. Todos los esfuerzos del doctor por salvarle la vida han resultado inútiles.

El teniente Rugh Kelly apretó los maxilares.

—Hasta después de muerto se ha cobrado una última víctima el canallesco Kevin Reed —comentó pesaroso.

Wardell guardó silencio largo rato. Después movió la cabeza entristecido.

—Es posible que haya sido lo mejor para ella.

Chris Cassidy paseó la mirada por el rostro de las muchachas que se encontraban en la pequeña sala de los pupitres.

—Loretta, Sonia, Wanda, Terry, Rita y Sheila —sonrió llamándolas por sus nombres—. El plan continúa adelante tal como estaba previsto en un principio. Todo peligro inmediato para vosotras ha desaparecido y los jefazos opinan que debemos seguir. Quiero deciros simplemente; que ya no tengo la impresión de enviaros al matadero. ¿Tenéis alguna pregunta que formular?

Las chicas se miraron entre sí y fue Loretta Harding la que se levantó de su asiento.

—Creo que hablo en nombre de mis compañeras.

—¿Y qué es lo que tienes que decir, Loretta?

—Que todas nos alegramos de trabajar a las órdenes de este nuevo profesor, Chris.

Cassidy carraspeó comprendiendo la alusión.

—Está bien —dijo—. Ahora será mejor que os vayáis a descansar. Mañana comenzaremos a trabajar duro y ya veremos si seguís pensando de la misma forma.

Todas las muchachas comenzaron a desfilar hacia la salida, seguidas también por la señora Granger y Morton. Chris levantó la diestra llamando:

—Quédate unos minutos, Sheila. Deseo hablar contigo.

Cuando las demás hubieron salido, Chris se aproximó lentamente a la muchacha. Fingiendo una gran seriedad, anunció:

—Debes abandonar el curso, aunque no la granja, Sheila.

Ella arqueó las cejas, extrañada.

—¿Por qué?

—En primer lugar, debes contestar a una pregunta —siguió serio Cassidy—. ¿Qué te parece este viejo caserón como lugar para pasar la luna de miel?

Sheila sonrió, burlona.

—¿Se me permite pensar la respuesta?

Chris cabeceó, consultando el reloj.

—Desde luego. Dispones de cinco segundos para decidirlo.

Sheila levantó la cabeza hacia él y compuso un mohín contrariado.

—¿Debo tomar tus palabras como una proposición de matrimonio, Chris?

—¿Tú qué opinas?

—Que no me parece una declaración demasiado convincente.

Acto seguido la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente en los labios.

—De acuerdo —rió Chris—. Probaré otra vez.

Sheila Carson quedó completamente convencida de convertirse en Sheila Cassidy.

FIN

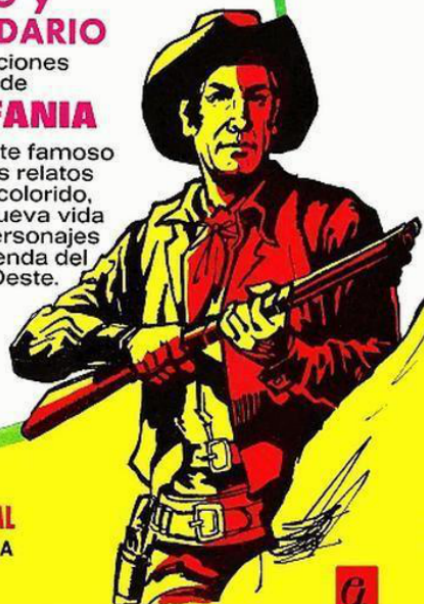
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

